BIBLIOTECA DRAMÁTICA ARGENTINA

PEDRO E. PICO

TIERRA VIRGEN



1911
Buenos Aires

Imprenta "ATHENAS"
Sarmiento 825

OBRAS DE PEDRO E. PICO

Música criolla, sainete lírico, en colaboración con Carlos M. Pacheco.

Compra y venta, zarzuela en 4 cuadros.

Don Costa y Cía., sainete lírico.

Para eso paga..., drama en 1 acto.

La única fuerza, drama en 3 actos.

Ganarse la vida, sainete en 1 acto.

Así empieza una historia, sainete en dos cuadros.

Tierra virgen, drama en 3 actos.

Un robo, entremés.

Quien espera desespera, íd.

Sin novedad, íd.

Ruega por nosotros, boceto de comedia.

En carne propia, boceto dramático

La polca del espiante, sainete en tres cuadros.

Del mismo barro, boceto dramático.

PEDRO E. PICO

TIERRA VIRGEN

DRAMA EN 3 ACTOS

Estrenado en el teatro Apolo el 17 de Octubre de 1910



"ATHENAS"

1911

EMILIO MENÉNDEZ, Editor.

Buenos Aires, Calle Sarmiento 825

"La Gaceta de Buenos Aires"

La compañía Podestá-Vittone ha estrenado anteanoche en el Apolo una nueva comedia dramática del Dr. Pedro E. Pico, titulada "Tierra virgen". El prestigio personal del autor, sus títulos eficacísimos de colaborador entusiasta en la hora de formación de nuestros escenarios nacionales, daban á la velada el interés de las grandes fechas de nuestro arte local.

Es preciso declarar que la obra del Sr. Pico impresionó desde su primera escena. La mano diestra del comediógrafo consumado, se adivinaba en cada giro de la frase campera, destinada á hacer "sentir" un ambiente que va disipándose en medio de la civilización extranjera, dominadora y absorbente.

Pero, no nos anticipemos al comentario, y examinemos, ante todo, el asunto de la nueva obra.

Es la estancia del viejo don Leandro, un militar antiguo, que vive en su decrepitud la vida contemplativa de la campaña, la vida de recuerdos de su juventud lejana. Luisa, mujer más joven que él, con quien se ha unido en segundas nupcias, lo traiciona villanamente, entregándose á los cariños egoístas y avaros de don Bautista, un extranjero que, introducido en la casa por el afecto de Luisa, llega á dominar y á apropiarse casi por completo de la hacienda, imponiendo nuevos hábitos, nuevas costumbres, nuevos métodos de trabajo, á los pacíficos mo-

radores de aquella casa en que se respiraba todavía el aire soberbiamente tradicional de la raza. El dominio del "gringo" Bautista se extiende á todo: á Antonio, hijo de Leandro, tipo del gaucho reconcentrado, sumiso, con el hosco gesto de la obediencia forzada, rebelde en su íntima convicción; á Maruja, una niña sentimental y buena, sobrina de don Leandro, su único consuelo, su única alegría, en medio de la traición, de la derrota; á Luisa, la mujer que justifica su deshonor en los derechos de la carne; á Leandro mismo, el viejo lamentable, que conociendo el delito lo disimula, rabioso de su impotencia, respetuoso de su fatalidad. Al únicoo que el "gringo" Bautista no logra dominar es á Juan Pedro, un hijo de don Leandro, que llega de la ciudad alarmado por los decires de la gente en oprobio de su padre.

Es un joven noble, de una gran nobleza redentora. Rico por su cuna, se fué á la ciudad á luchar desde las filas populares por las grandes reivindicaciones de los oprimidos.

Un día el hijo pródigo, dispendioso de su bondad, vuelve al hogar disuelto, casi en ruinas por obra del intruso, y se propone reconstruirlo, ó al menos, salvarlo del oprobio.

Lo intenta; pero hay en todos el gesto de la resignación, de esa perezosa resignación criolla, que descrita por el autor prolijamente, es, acaso, el mejor detalle psicológico de la obra.

El viejo Leandro no ignora su deshonra, pero la tolera con rabia, con odio de oprimido; Antonio, su hijo, que desea conquistar el amor de Maruja, teme ahuyentarla con el rojo de la sangre; Maruja sufre con discreción tolerante la deshonra y la desvergüenza que mancillan la vieja casa. Ante el enorme poder del "gringo", es impotente el ideal vengador de Juan Pedro. No puede salvar la casa, no puede reconstruir lo que ha sido destruído. Pero queda aún algo sano, Maruja, la niña sentimental que ha pensado en él durante cuatro años con un gran deseo, sin una esperanza. Juan Pedro decide llevarse á la ciudad á Maruja, y con ella se lleva el futuro, lo in-

contaminado, lo incontaminable... Luego viene el desenlace dramático de la obra que no completa acaso el simbolismo que al hacerla se ha tenido en cuenta.

Es un final de gran efecto. Cuando Juan Pedro marcha con Maruja, se despierta en Antonio—gauchito pasivo, hijo de Leandro—la fiera dormida, y desenfrenado su odio, mata al extranjero, al traidor, al enemigo.

Tal es la obra.

El Sr. Pico parece haber entendido en su significado verdadero el objeto de la comedia regional moderna. Nuestros autores han encarado la regionalización de nuestro teatro en forma un tanto superficial, un tanto decorativa. Bastan cuatro líneas de ambiente y un poco de habilidad en el intérprete para que las obras tengan el tinte campero que quiere dársele.

Pero el teatro nacional debe ser algo más que esa erudición de refranes y de "folk-lore" de que han hecho gala nuestros autores; debe ser la expresión colorista de un ambiente, pero con los sentimientos y las pasiones propias de él. Vale más en el sentido regional un idilio campero vestido de "smocking" sobre una rambla balnearia, que un idilio de "smocking" trajeado de poncho y randas en un lugar solitario de la campaña.

El Sr. Pico parece entenderlo así, y vistiendo el traje de comediógrafo regional ha sintetizado en una obra intensa de pensamiento, el ideal nacionalista que surge en nuestra mente ante el problema del cosmopolitismo dominador.

El autor de esta obra intenta en ella un simbolismo que sería la base de su tendencia: El hogar del viejo Leandro es la tierra nuestra con todo sus defectos, con todas sus apatías retrógradas, pero con ese gran espíritu abierto, de la hospitalidad y del amor sin límites; don Bautista sería el brazo extranjero que, á pretexto de traernos una civilización, absorbe lentamente nuestra riqueza, nuestro aire, nuestra vida, y lo que es más caro aun, nuestras tradiciones; don Leandro sería el tipo del criollo resignado, místico en cierto modo, con sus tolerancias sistemáticas; Juan Pedro sería la voz del autor

que clama por la salvación del viejo hogar solariego, la voz que vencida en su primera prédica opta por salvar en Maruja, lo único incontaminado, el futuro... El simbolismo es de una claridad y de una eficacia admirable. El público, tradicionalista más por lirismo colectivo que por convicción individual aplaude en la obra todo lo que satiriza al extranjero, todo lo que impugna la figura del "gringo" Bautista.

Pero la filosofía de la obra es de una amargura desesperante. El espectador, sin asistir propiamente al derrumbe, presiente toda la tragedia interior de aquellos hombres sentenciados á la pena de los vampiros, á la lenta extracción de la sangre y de la vida.

Diríase que el optimismo con que el autor traza en un principio la figura de Juan Pedro, decae en los últimos actos, hasta el punto de dar por vencido al héroe en su tarea reivindicadora, dejándole solo el recuerdo de salvar su amor fincado en Maruja, madre probable de generaciones nuevas. ¡Amarga filosofía, de una amarga verdad!

Lo indiscutiblemente meritorio de la obra está en que el autor no cuida solamente el simbolismo y las ideas de ella, sinó que ha detallado caracteres con una precisión y sobriedad digna del mayor elogio. No hallamos sinó una figura deliberadamente descuidada, que sería la de Luisa, la esposa infiel. Cargar la nota de la perversidad en ella, habría sido molestar al público con una antipatía inútil; justificada por los menesteres de su relativa juventud, habría sido malograr en un detalle de psicología pasional, indudablemente verdadero, el interés expositivo de la obra. En el dilema de uno ú otro camino, el autor se decide por la ambigüedad, y hace de Luisa un personaje incoloro, poco definido en la precisión de las líneas.

¿A qué hablar de la técnica irreprochable, del diálogo fluído y espiritual, cuando no sentimental y convincente? ¿A qué referirnos á la sobriedad de las escenas, á la belleza de la evocación campera, á la gran intensidad dramática de la escena final? El Dr. Pico tiene suficiente prestigio entre nuestra gente de teatro para necesitar indicaciones respecto de esta armazón externa de la obra.

Bástenos constatar el éxito verdaderamente encomiable de este nuevo drama que viene á sentar un importante jalón en la vida nuevamente lozana de nuestro maltrecho arte escénico nacional.—**Nicolás Barros.**

"Sarmiento"

"TIERRA VIRGEN"

A las varias producciones teatrales de mérito, estrenadas en el corriente año, ha venido á sumarse la nueva obra del Dr. Pedro E. Pico, que nos ha hecho conocer, hace pocas noches, la compañía del Apolo.

El éxito merecidísimo alcanzado por "Tierra virgen" viene á confirmar una vez más la existencia de un teatro nacional, existencia puesta en duda por no pocos, ante el enervamiento artístico que imperó en los escenarios criollos durante los dos últimos años, enervamiento que no lograron desterrar alguno que otro trabajo honesto, considerados como manifestaciones esporádicas de un arte teatral todavía incipiente, no obstante los éxitos ruidosos que hace algunos años sirvieron de piedra angular á ese teatro.

Y, sin querer, recordábamos, la noche del estreno, las palabras de algunos empresarios que, para justificarse, eximiéndose de culpa, achacaban ese enervamiento á que los autores no producían.

La respuesta á esa afirmación completamente gratuíta, se encargaron de darle, por un lado, nuestros dramaturgos, presentando meritorias producciones en cuanto hubo empresas que mostraron deseos de regeneración, y abrieron las puertas nuevamente á los autores de verdad, á los que aspiraban á hacer arte, y, por otro lado, el nú-

blico que al aplaudir con entusiasmo esas producciones, demostraba que sabía apreciar y distinguir los manjares delicados de las bazofías que á menudo se le servían, pervirtiendo su gusto, pensando que le sabían á gloria.

Y no creemos que huelguen estas consideraciones, al proponernos traducir nuestra impresión ante la nueva obra de Pico, porque ellas conducen á demostrar la conveniencia de persistir en el buen camino, atrayendo á los autores, respetando sus derechos y prerrogativas, ensayando bien las obras y poniéndolas en escena con toda propiedad.

El Dr. Pedro E. Pico no es un desconocido en el campo de las letras.

Periodista de buena cepa, literato ameno y original y, sobre todo, autor dramático de cuerpo entero, tiene en su haber éxitos tan justos como los que obtuvieron "Para eso paga" y "La única fuerza", sin contar algunos sainetes, género que consideran inferior los que acostumbran á subdividir en categorías la producción artística, como si las emociones estéticas que provoca el arte pudieran ser clasificadas de primera, segunda y tercera magnitud.

Porque es hora ya de hacer entrar en algunos cerebros rebeldes la idea de que el arte es uno siempre y tiene la misma ejecutoria nobilísima que se manifiesta en un cuadro de grandes proporciones, de asunto histórico, social ó filosófico, ó en una miniatura ó estudio sin trascendencia, en una producción dramática de alto vuelo ó en un modesto sainete, simple reflejo de costumbres populares.

"Tierra virgen" pertenece al género serio. Es un drama de pensamiento, notable por la factura, interesante por la realidad, pero realidad pasada por el cedazo de un temperamento artístico.

Porque si bien creemos que uno de los cánones del arte ha de ser la copia fiel de la verdad, entendemos que se trata de la "verdad artística", aunque parezca una perogrullada.

Y esa ley la observa Pico en todas sus producciones y, como era de suponer, igualmente en "Tierra virgen".

El ambiente de la obra, los personajes que en ella se mueven, los sentimientos, las pasiones, todo es real, admirablemente real, pero, además de real, es bello, con esa belleza que sabe encontrar el verdugo artista en todos los asuntos que trata, aún aquellos más triviales.

Ese don Leandro, enfermo de abulía, que conoce la vergüenza y el engaño de que es víctima, que interiormente sufre y se subleva, pero que se ve imposibilitado de traducir en actos los impulsos de su alma, por la total carencia de voluntad que esta enfermedad trae consigo, es un tipo admirablemente real.

Antonio, el hijo, trabajador y apegado al terruño, cansino burro de carga que sabe lo que ocurre, pero que lo acepta resignado como un mal irremediable y que se puede soportar ya que hay trabajo y se llenan las necesidades más imperiosas de la existencia, es también amargamente humano.

Bautista, el gringo activo y emprendedor, que se impone con su energía, que no halla resistencia seria, y de la cual abusa para satisfacer su pasión y su avidez de riqueza, es otro tipo magistralmente dibujado.

Juan Pedro, cuyo espíritu, libre de las trabas que la dolencia y el ambiente han inmovilizado á su padre y á su hermano, se subleva ante tanta ignominia, y que decide evitarla, yendose y sacando de ese medio á su prima, la hermosa Maruja, así como los demás personajes del drama, obran, piensan, hablan con una naturalidad perfecta, confirmando una vez más la maestría acreditada por el autor en sus trabajos anteriores'

Bien vemos que lo que deseábamos que fuera crítica casi resulta ditirambo, pero cuando la bondad de la obra artística hace que la mano deje caer la férula para empañar el turíbulo, el crítico se siente doblemente satisfecho, porque no tiene que "pegar" en primer término, lo que es más engorroso de lo que parece, y, en segundo lugar porque ello es señal de que el arte se ha enriquecido con una obra bella, sana y que hace pensar.—**Bisturí.**

"La Razón"

El año ha sido profícuo para el teatro nacional.

Los que afirman que éste ó no existe ó está enfermo deberan, por fuerza, sufrir un desengaño en presencia de los frecuentes legítimos éxitos registrados en estos últimos tiempos, y cada uno de los cuales, significa indiscutiblemente un nuevo jalón conquistado á Talía.

Si el año se clausurara con el estreno de "Tierra Virgen"; si después de este estreno no anotáramos otros en el curso á estos tres últimos meses, diríamos siempre, que el año ha sido profícuo para el teatro nacional.

La obra del Sr. Pedro E. Pico, estrenada anoche en el Apolo por la compañía Podestá-Vittone, es de aquellas que de por sí solas, sirven para denunciar la presencia de un autor teatral en el más amplio significado de la palabra.

No incurriremos en el socorrido recurso de hacer comparaciones, para decir lo que pensamos de este vívido drama, que desde la Pampa, donde se desarrolla doloroso y amargo día á día, el Sr. Pico ha transportado al escenario del teatro Apolo como una afirmción categórica de su espíritu de observación, de sus sentimientos generosoos y de su talento escénico.

"Tierra Virgen", en conjunto y en cada una de sus escenas, encierra un símbolo y un problema nuestro, genuinamente nuestro, al cual el autor le ofrece una solución que podrá ser muy humana, muy hermosa teatralmente, pero que no es aquella ideal que hace presumir la obra en sus diversos actos.

Esta omisión, á nuestro juicio, es la única tacha que presenta "Tierra Virgen" y es tacha, precisamente por tratarse del Sr. Pico, cuya personalidad literaria ha alcanzado justamente tan elevado puesto en nuestro medio ambiente.

Ese chacarero italiano, que ha fecundizado esa tierra,

estéril hasta ayer, que la ha regado con su sudor y que con su brazo la ha limpiado de maleza, presentándola hoy iluminada por las inconmensurables doradas mieses de trigo que brillan al sol, como una promesa, es un tipo digno, por cierto, de mejor suerte que aquella que le espera en la obra del Sr. Pico, quién, por otra parte, también lo comprende así y así lo dice en el primer acto con un sentido y hermoso parlamento que arranca aplausos al público.

Lo criollo es muy simpático—¡qué duda cabe!—pero, ¿si no es útil?

El abrojo también es criollo y sin embargo se le desaloja de los campos.

En "Tierra Virgen" hay bellezas de forma, bellezas de concepto y de pensamiento. En "Tierra Virgen" encontramos escenas de extraordinaria intensidad dramática; otras que son verdaderos filigramas y otras, por fin, que son acuarelas sentimentales llenas de vida, de color y, si se nos permite la paradoja, llenas de alma; pero, hubiéramos deseado del Sr. Pico otra solución á su drama, menos real, si se quiere, pero más humanitaria.

También es misión del teatro educar los sentimientos y encauzar las pasiones. Predicar directa ó indirectamente, suave ó exageradamente, el odio al "gringo", no creemos sea obra sana.

Florencio Sánchez en "La gringa" explota el mismo pensamiento fundamental, el mismo problema; pero es más humano en la solución, aunque, acaso, resulte menos real. Y en este terreno quisiéramos ver al Sr. Pico; nos autoriza á ello sus obras anteriores, sus ideas conocidas y su misma "Tierra Virgen", pletórica de ideales y de símbolos hermosos.

Ese detalle, sin importancia teatralmente, sin afearla, empequeñece la obra del Sr. Pico, considerada filosófica ó socialmente.

Tal ha sido la impresión recibida al caer el telón, que no borró, sin embargo, las bellas impresiones experimentadas durante el desarrollo de los tres actos.

"El Nacional"

El teatro Apolo ha resucitado sus viejos prestigios durante la temporada del centenario. A los triunfos de "La vida inútil", "Eclipse de sol" y "Las condenadas", es necesario agregar el éxito de "Tierra virgen", drama en tres actos del Dr. Pedro E. Pico.

El dramaturgo de anoche no es un divagador ni un efectista. Obras como "Para eso paga" y "La única fuerza" nos habían advertido la presencia de un espíritu penetrante, certero en la exégesis, seguro en la descripción, hondo en la crítica, humano en los conflictos y hábil en la técnica.

El Dr. Pedro E. Pico tiene el don teatral, ese mismo don contra el que se volvía magnífico y pujante el autor de "L'assomoir", pero de cuya existencia Francia ha dado pruebas tan desconcertantes como Victoriano Sardou y el teatro nacional muestras tan halagüeñas como Florencio Sánchez y José González Castillo.

Pedro E. Pico, lo mismo que los Sres. Sánchez y González Castillo, hubiera hecho teatro en cualquier parte del mundo, porque el teatro es su expresión congénita y no oratoria dialogada por impulsos de emulación.

Es necesario advertirlo: la literatura teatral es un aptitud que nace con el individuo. Donde está el elegido hay teatro, aunque no existan los elegidos para la interpretación. La falta del instrumento nunca comportó la falta del músico como la ausencia del lienzo no significó jamás la ausencia del pintor. Sin actores, ni críticos, ni públicos—sobre todo como el de anoche—el autor teatral legítimo contempla costumbres; las sintetiza en su espíritu y las vuelca como á través de un cedazo á través de su temperamento, en escenas cuya médula tiene la virtud de prestarles un carácter inconfundible.

En nuestro ambiente, estamos acostumbrados á amparar con la tolerancia, flor de escepticismo, las tentati-

vas de la buena fe que no siempre son las tentativas de la aptitud. La emulación es aquí factor primordial en la producción de teatro. El éxito del amigo, los aplausos al vecino, son nobles recompensas de aspiraciones y fuente de deseos inagotables. La emulación, eficaz cuando desarrolla latencias, suele ser la causa de mucha literatura teatral que, si brilla en calidad de oropel su esmalte de simulación, es para esconder de inmediato, en las sombras del olvido, la falsedad de su consistencia y la insipidez de su savia. De ahí que el periodista, el poeta, el apuntador, lo mismo que el peluquero ó el vigilante de la esquina, pretendan ser autores teatrales. La emulación los inclina á ello, como mañana pudiera desviarlos á la novela si el género asegurase gloria en el medio impresionista, ó á la poesía si los buenos poetas no sufrieran la felicidad de ser impopulares.

Pedro E. Pico es de los que hacen teatro por emulación, pues. Y si lo ha evidenciado en obras anteriores, anoche ha confirmado el aserto.

"Tierra virgen" es un drama. La legitimidad del género se garantiza con la emoción. Las primeras escenas suponen la mano experta del dramaturgo. Conciso y, por ende, jugoso, va á la acción por la vía más recta, que es la naturalidad. No se detiene en paréntesis para fulminar el interés de los espectadores con alardes retóricos. No. Sus personajes hablan como su propia vida les ha enseñado y cuanto allí dicen ó hacen confluye al nudo temático, en una sobria exposición de sujetos y de pasiones. Hay choques de ambientes producidos con una rara excelencia de confección. El artista siente sus personajes y los transmite con francos relieves.

La pampa es el escenario; la tierra virgen que prodigará sus tesoros al primero que la fecunde.

A la estancia del viejo Leandro ha llegado un gringo, brioso para la labor, un gringo de tantos, que salva el abismo oceánico buscando en la tierra de promisión lo que no le rindió la miseria de su lugar nativo. La esperanza de la fortuna es su estrella. Dos brazos fuertes le alientan día á día en las árduas bregas del trabajo. El

gringo Bautista aprovecha la virginidad de la tierra, la goza en esfuerzos incesantes y la quiere, rica de oro, en la dorada ofrenda de sus mieses. Pero nada hay que pervierta tanto como la generosidad de los otros. Si la tierra es generosa, don Leandro es ignorante y en ese campo, también virgen, de su inteligencia, la astucia aventurera arroja simientes de engaño. El gringo Bautista, el transformador laborioso, se queda poco á poco con todo. El caso es humano: ¿será que la vida grita que la tierra es de quien la trabaja?... Pero el gringo es pícaro, además. Borra tradiciones, expulsa hábitos antiguos, se olvida de sí mismo á través de los años y ofende honores. Le "juega sucio" al viejo Leandro, conquistándole la mujer. La sobrina del viejo lo sabe, pero calla, lo mismo que Antonio, el hijo. El factor económico es fatal: influye hasta en los denominados "sentimientos intelectuales" de la clasificación filosófica. Hay un honor ultrajado; pero se trabaja, pero se vive...

Don Leandro oculta el drama de su doble engaño, con resignación austera. Llega Juan Pedro, el otro hijo, que la ciudad se ha acaparado. Le muerden sospechas y cuando la verdad se despliega cruel á sus ojos, estalla su ánimo en dramática elocuencia. Inquiere en el hogar la razón de tanta indiferencia frente al espectáculo que lo exalta. Encuentra todo apagado. El viejo ya no sirve, Antonio trabaja—buena bestia de carga,—la tierra lo absorbe, reina de su esclavitud innata, y nadie opone diques al avance tenaz del inmigrante.

Juan Pedro decide irse para evitar tanta vergüenza, salvando de la inminente catástrofe á la bella prima, á quien no cuida la decrepitud de Leandro ni el amor egoísta de Antonio. La partida de Juan Pedro con Maruja provoca la solución del conflicto, porque Antonio ante la indiferencia del cielo y la angustia sosegada de Leandro se exaspera y mata al gringo, por cuyas hazañas se hizo el nido y Maruja voló con su amoroso primo.

Es una pieza amarga. El dolor pone sus largas sombras á través de los tres actos, llenos de verdad, por otra parte. La alegría tiene allí voces meramente ins-

tintivas, como la de Domingo, en recio contraste con las otras almas. Por lo demás, surge de la obra un concepto harto pesimista. La noble ociosidad en que se desenvuelve la vida paisana permite la arrebatiña del trabajo, que no siempre es honrado, en los términos de la civilización actual. Surge en la pampa, sobre los escombros de la tradición, pariente de la indolencia arábica, el plantel de las futuras grandezas nacionales, insinuando en el reluciente mar de las espigas la realidad peligrosa de su oro. A costa de lo que no sirve, arguye alguien. Pero también, á costa de lágrimas y de sangre, según lo denuncia el final de la obra.

¡Allá también, en la Pampa! ¡Sangre y lágrimas, como en los hospitales!...—**Vicente Martínez Cuitiño.**

"El País"

Con notable éxito, merecido por cierto, continúa representándose este drama del Dr. Pedro E. Pico, autor ventajosamente conocido, y cuya obra teatral encarna una tendencia de mejoramiento en la producción nacional, haciendo de él uno de los cultores más serios y estimables de nuestro incipiente teatro.

Esta última pieza del Dr. Pico, demuestra bien á las claras que su autor no pierde el tiempo—como tantos otros,—al hacer del teatro la actividad predilecta de su talento literario. Dentro de la sencillez del argumento que por su género, no es desde luego un hallazgo. "Tierra virgen" tiene méritos efectivos, y su desarrollo, trazado coon seguridad y firmeza, y exento de todo recurso falso, acusa la mano experta de un dramaturgo que está muy lejos de ser vulgar.

Una de las buenas cualidades del drama, es la sobriedad y naturalidad de sus diálogos, cuyo lenguaje, si bien adecuado á los personajts que actúan en la obra, que es

de índole gauchesca, no cae nunca en la grosera chabacanería tan común á las producciones similares. El autor es ante todo un escritor culto, que huye de la frase burda y el retruécano vil, sabiendo que ellos no son necesarios para dar á sus tipos apariencia de verdaderos.

La acción se desenvuelve con habilidad y viveza y los personajes, cuyos caracteres están delineados cuidadosamente, resultan humanamente lógicos al aclararse la situación, aunque al principio algunas actitudes no se explican satisfactoriamente.

Palpita en el drama algo así como una protesta contra el inmigrante usurpador, que aparece explotando al gaucho nativo, cuya inaptitud para la labor práctica y provechosa, explota con su actividad lucrativa, para despojarle artera é inicuamente. Pero tal tendencia se contiene dentro de una discreción mesurada y serena. Es más bien una queja sentimental y amarga, inspirada por la tristeza de la raza que se va, "borrándose noche abajo en el pasado", suplantada por el extranjero, más capaz del trabajo en razón de su misma inferioridad de pasiones; de su afán deleznable de ganancia.

Así el don Bautista de "Tierra virgen" se apodera mañosamente de la propiedad del viejo don Leandro, y como si esto no fuera bastante, seduce á su mujer, añadiendo á la ruina la deshonra. El viejo sufre en silencio su desgracia, que mide, sin embargo, en toda su extensión.

Cuantas veces intenta vengar el agravio y el despojo, su brazo achacoso é inútil, se niega á sostener el cuchillo, y el anciano criollo, fiero soldado de su juventud, se ve impotente y obligado á permanecer resignado como un niño ó un idiota.

El mismo lo dice en la confesión dolorosa que le arranca el reproche de su hijo Juan Pedro, indignado ante la quietud del padre. Por su parte Antonio, el otro hijo, permanece también sumiso bajo el despotismo del intruso, y esto que parece absurdo tratándose de un alma criolla, nos lo explicamos luego al saber que si él no realiza su venganza del oprobio común, es porque sabe que la muerte del gringo, lo alejaría de Maruja, la lozana y

bella muchacha que llena la casa con la frescura de sus veinte años, y á la que él ama hondamente en silencio. Pero al fin cuando Juan Pedro desesperado por el desastre del hogar y desistiendo de vengarse por considerarlo inútil, resuelve irse á la ciudad, llevándose consigo á Maruja, que corresponde el amor que él siente por ella al igual que su hermano Antonio, éste último viendo ya que el motivo de su resignación desaparece y enloquecido por el derrumbe de su ilusión, concluye por apuñalear á don Bautista, en un rasgo final de altivez y hombría.

Hay una profunda emoción dramática sobre todo en los finales del segundo acto, (el mejor de los tres) y del tercero. Lástima que la interpretación deje muchísimo que desear. El Sr. José Podestá, en el rol de don Leandro es verdaderamente detestable. No siente absolutamente su papel y habla con una cachaza desesperante, aún en los momentos en que las palabras del personaje se prestan para comunicar una hermosa é intensa emoción. El Sr. Rossich, no pasa de una discreción muy mediana en el papel de Juan Pedro.

Otro tanto puede decirse del Sr. Pomar, que tiene á su cargo el de Antonio.

Los demás muy malos exceptuando á la señora Blanca Podestá, bastante corresta

A pesar de ello el público ha sido conquistado por la bondad de la obra, y seguirá muy probablemente aplaudiénndole en numerosas representaciones más. **A. M. L.**

REPARTO

MARUJA	Sra. Blanca Podestá.
MICAELA	" A. Ferrer.
DOÑA LUISA	" A. Torterolo.
DON LEANDRO	Sr. J. J. Podestá.
JUAN PEDRO	" S. Rosich.
ANTONIO	" S. Pomar.
DOMINGO	" Totón Podestá.
DON BAUTISTA	" Brasiliano.
PEÓN 1o.	" N. N.
PEÓN 2o.	" N. N.

La acción en la Pampa Epoca actual

Primer Acto

El patio-jardín de una chacra. A la derecha sobresale el corredor que rodea el edificio: una construcción antigua, de paredes encascaradas y sucias; á la izquierda, formando ángulo recto con una cerca de cina-cina, un pequeño galpón cuyo techo en declive avanza hacia el centro de la escena. A todo foro, el campo en plena vegetación. La fachada principal—derecha—tiene dos puertas y una ventana: en los huecos, cubriendo materialmente las paredes, las ramas frondosas de una glicina en flor. Algunos bancos y sillas distribuidos sin orden. Mediodía: la tierra se agrieta y suda, borracha de sol y de colores.

ESCENA I

MARUJA y DOMINGO

MARUJA—(Desde una de las puertas de la derecha) ¿Y, Domingo?

DOMINGO—(En el foro, de pie sobre unas bolsas de cereales, mirando hacia el camino de la izquierda) El sol no deja ver, niña.

MARUJA—¡El sol! ¡A veces fastidia! Fijate bien.

DOMINGO—Arden los ojos. Tuito el campo semeja una brasa... Y hasta parece que humeia como mancarrón sudao...

MARUJA—¡Por dónde andará ese loco!

DOMINGO—No se mueve ni una pajita. Vea: el trigo

brilla como si juera de oro, ansina como la tapa del reloj de Don Leandro. (Pausa.)

MARUJA—¿Qué hora será?

DOMINGO—Será,... será... ¡y quién sabe! La una, por ahi. Ahora no más chiflea el tren. ¿No le dije? Por allí viene. (Maruja se aproxima) ¡Ah, no!, créiba... Es la trilladora de Don Bautista.

MARUJA—¡Máquina antipática! No hace otra cosa que ensuciar el cielo con el humo. Y ahora que está tan lindo, tan azul.

DOMINGO—Parecía el tren ¿no?

MARUJA—(Vuelve al corredor) ¡Salí, eres más tonto!

DOMINGO—(Pausa) Dicen que está hermoso el campo. ¡Puede ser! Dende que lo arrendó Don Bautista parece otro: ni cardales, ni abrojos, ni yerba-mala, ni caldenes, ni... Pero ¡qué quiere! A mí me gustaba más el año antipasao. Ahura no se puede ni galopiar: pura espiga y espiga.

MARUJA—Plata, querrás decir: eso se vende.

DOMINGO—¡Y de no! Pero se lo llevan pa la ciudad, y después pa Uropa en unos botes grandes como casas. Y ¿sabe pa quién? Pa los gringos: pa los tatas y mamas y abuelos y mujeres de esos que caen aquí pa la cosecha. A mí me han contao en el pueblo.

MICAELA (Desde adentro) ¡Domingoooo! Dice la señora que vengas á cebar mate.

DOMINGO—(Perezosamente) Güeno. (Se acerca á Maruja restregándose los ojos) Ahura todo lo veo azul: las casas, el galpón, el trigo, usted, todo... Azul y verde como el agua de la laguna. (Se aprieta los párpados) Y ahura colorao.

MARUJA—¿Sí?

DOMINGO—Ajá: allicito, bajo el corredor, junto á las herramientas. ¿Por qué será?

MARUJA—¡Quién sabe!

DOMINGO—Siempre que anto al sol me sucede lo mismo.

MICAELA—(Adentro siempre, aunque algo más cerca) ¡Domingo! Dice la señora...

DOMINGO—(Imitándola) ... que vengas á cebar mate...
MARUJA—¡Qué loco!
MICAELA—¡Domingoooo!...

ESCENA II

Dichos y MICAELA

MICAELA—(Por el foro derecha, arrastrando las chancletas) Dice la señora... (Sin sorprenderse y en el mismo tono) Caminá, pues.
DOMINGO—Ahorita.
MICAELA—¿Usted sabe, niña? Yo ignoro qué negocios tendrá por aquí este holgazán.
MARUJA—Estaba conmigo.
DOMINGO—(Presuntuoso) ¡Pa que vea!
MICAELA—¿Y,... vás á dir ó no vás á dir?
DOMINGO—Güeno,... ¿y quién me llama?
MICAELA—¿No te he dicho?... Doña Luisa.
DOMINGO—¿Y ande está Doña Luisa?
MICAELA—En el comedor.
DOMINGO—(Breve pausa) ¿Y si no está en el comedor?
MARUJA—Andá, Domingo, andá.
DOMINGO—Voy, niña (Medio mútis) Y... ¿para qué era, ché?
MICAELA—(Sin incomodarse aún) Pa cebar mate, pues.
DOMINGO—(Desperezándose) ¡Pchá digo, ni descansar lo dejan á uno! (Váse pausadamente primera-derecha.)

ESCENA III

MARUJA, MICAELA. A poco, ANTONIO

MICAELA—(Luego de sentarse) ¿Y?
MARUJA—¿Qué?
MICAELA—¿Por dónde anda el mocito?

MARUJA—¡Quién sabe! Salió al amanecer, y hasta ahora.

MICAELA—¡Y llegó anoche!

MARUJA—Dijo que iba á saludar á sus antiguos amigos.

MICAELA—Va á encontrar pocos: ya no hay criollos en el pago: dende que llegó el ferrocarril...

MARUJA—¿Querés que te diga una cosa? Se me hace que sigue tan loco como antes. (En este momento sale Antonio, segunda derecha; con el cuchillo corta una cuña para asegurar el mango de la horquilla que trae al hombro.)

MICAELA—¡Y á quien se lo cuentas, mijita. Yo me acuerdo del día que desapareció sin decir palabra. Lo anduvimos buscando hasta que se hizo obscuro. Yo por un lao, el patrón por otro, Domingo por el pueblo. El único que permaneció tranquilo fué éste: allí se quedó, en el sembrao, castigando la tierra con la pala.

ANTONIO—(Calmoso, sin levantar la vista) Se fué porque quiso.

MICAELA—¡Naturalmente! ¡Mirá con lo que sale! Parecés tonto, ché...

ANTONIO—Bueno.

MARUJA—No hagas caso. (Antonio levanta los hombros y prosigue indiferente su tarea) Este no se ha conmovido nunca: ni cuando el hermano se fué, ni cuando escribió desde el hospital, ni al abrazarlo anoche, después de tanto tiempo.

MICAELA—Cerca de cuatro años.

MARUJA—Para mi que no sabe llorar.

ANTONIO—(Sordamente) Mejor.

MARUJA—Es como las cosas, como las bestias.

MICAELA—Aunque sea mala la comparancia, ¿no? (Antonio levanta ahora la vista y la clava en Maruja. Echa luego la horquilla al hombro y desaparece p r la izquierda examinando el firmamento con impasibilidad musulmana.

ESCENA IV

MARUJA y MICAELA

MARUJA—Ahí lo tenés: presagiando la lluvia.
MICAELA—Cierto: ahora no se habla de otra cosa en esta casa: que si el granizo, que si la langosta, que si la seca... Y... ¿Juan Pedro, qué dice?
MARUJA—Nada todavía. ¡Qué cambiado va á encontrar todo esto!
MICAELA—Figurate.
MARUJA—Quizás nos abandone por eso mismo.
MICAELA—¡Bah! Ya estás pavando. Siempre te ponés en lo peor. Y últimamente...
MARUJA—¡Claro!... que se vaya, que no vuelva más, que se muera... ¡á vos qué te importa!
MICAELA—¿Y á vos, ché?... Pero, ahora que caigo... ¿quiere decir?...
MARUJA—No quiere decir nada... Vieja maliciosa.
MICAELA—Vos decís que no querés—y te hacés la indiferente—no seas tan jieramaña, no seas tan puenteramente. ¡Y yo sin sospecharlo! ¡Tan vieja y tan zonza!
MARUJA—¡Callate, te digo!...

ESCENA V

Dichas, DON BAUTISTA

DON BAUTISTA—(Foro izquierda) Ahí está: sempre sentada. (Micaela se pone de pie rápidamente. A Maruja, más suave) Buena tarde.
MARUJA—Buenas.
MICAELA—¡Ya entró rezongando!... ¡Gringo fastidioso!...
DON BAUTISTA—Aquí nadie hace nunca nada, meno Antonio. Ese sí: ya lo he visto, ya, también trabacando. Siempre es el primero... y casi, casi, el úni-

co en esta casa... ¿Duerme la tía?

MARUJA—Creo que no.. ¿quiére que la llame?

DON BAUTISTA—Ahora. (A Micaela) Mire: allí, cunto al galpón vieco, hay unas bolsa tirada. Y ya le he dicho otra vez que..

MICAELA—¿Y ande las guardo?

DON BAUTISTA—En cualquier parte: adentro. (A Maruja, como disculpándose por su rudeza) Se tengo de estar en todo.

MICAELA—Vamos po allí. (Váse despacio hablando entre dientes.)

DON BAUTISTA—¡Camine, pues, camine! con ese paso que parece la tortuga!

MICAELA—¡Cuando yo digo! ¡Entuavía nos va á castigar con el rebenque! (Mútis foro izquierda.)

ESCENA VI

MARUJA y DON BAUTISTA

DON BAUTISTA—¡Esta quente!

MARUJA—La pobre es tan vieja..

DON BAUTISTA—Sí; ma no hace nada tampoco. Entre tanto, come y come... y si uno tiene lástima de todo el mundo, está imbromao... (Pausa) ¿Y... Cuan Pedro?

MARUJA—Salió temprano y no ha vuelto aún.

DON BAUTISTA—¿Se piensa quedar aquí?

MARUJA—No me ha dicho nada. Anoche, apenas conversamos, y hoy, cuando me levanté, concluía de ensillar. Le dí un mate, y voló. ¡Vaya á saber lo que piensa!

DON BAUTISTA—Haría bien en quedarse: aquí hace falta quente coven, fuerte, que no le tenga asco á la tierra. Usté ve: todo se va en cornales. Trabacamos para otros. Y todavía se quejan y hablan de los patrones en la cocina, mostrando los puño... ¡Cristo!

MARUJA—Ahí está tía.

ESCENA VII

Dichos y DOÑA LUISA

DOÑA LUISA—(A Maruja) Tenés preparada la ropa.
MARUJA—Voy, entonces. Con permiso, Don Bautista.
DON BAUTISTA—¡Vaya no más! Lo primero es la obligación. (Mutis Maruja por segunda derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA LUISA, DON BAUTISTA. A poco DON LEANDRO

DOÑA LUISA—¿Hay alguna novedad?
DON BAUTISTA—No. tengo de ir al pueblo á comprar hilo. Haceme enganchar el birloche.
DOÑA LUISA—¿Hilo otra vez?
DON BAUTISTA—¡Oh, el trigo vale, pero cuesta también. Y esto no sería nada: son los cornales los que arruinan. Nunca se concluye de pagar... ¡y hay que pagar! Si Cuan Pedro se queda, habremos remediado algo, porque tres hombres... Es fuerte el muchacho, y trabacando para uno mismo cada hombre vale por tres. ¡Esa quente! No se pasa tampoco ni un minuto de la hora... (Pausa) ¿Qué dice el muchacho?
DOÑA LUISA—A mi apenas me ha saludado. No me quiere; nunca me quiso. Al poco tiempo de casarme con su padre se fué de casa. Dicen algunos que por mí. Puede ser. De todas maneras, creo que no va á servirnos. No le tiene afición al trabajo. Aquí vagaba de rancho en rancho, haciéndole el amor á cuanta chinita le ofrecía un mate, y en la ciudad...
DON BAUTISTA—Entonces es mecor que se vaya.
DOÑA LUISA—Además, puede ser un testigo molesto. (Sale Don Leandro por la segunda derecha.)
DON BAUTISTA—Buena tarde, Don Leandro.

DON LEANDRO—Buenas. (Pausa. Cruza el patio y llega hasta el galpón. De allí regresa nuevamente seguido por las miradas recelosas de Luisa y Bautista.)

DON BAUTISTA—¿Sabe, Don Leandro? Por fin se hace el ferrocarril hasta Alvear. Un negoción para Don Pedro. Compró tan barato y ahora... Usted sabe: la linia pasa mismamente por su terreno. Y bueno á todos nos conviene, porque...

DOÑA LUISA—Pero ¿qué buscás?

DON LEANDRO—Mi pipa, no la encuentro.

DOÑA LUISA—¿No la habrás dejado en el galpón? Esta mañana estuviste allí. (Don Leandro hace mútis por foro izquierda, sin contestar palabra.)

ESCENA IX

DOÑA LUISA, DON BAUTISTA

DON BAUTISTA—¡Siempre así!

DOÑA LUISA—Mejor.

DON BAUTISTA—No, mecor no. Al meno, que hablara alguna vez, que grite, que proteste, que sepamo lo que piensa de nosotros. ¿Sabrá? ¿No sabrá? Y si sabe ¿espera?... ¿á qué? ¿para cuándo? Esta incertidumbre es intolerable. Yo camino siempre con desconfianza, como si me fuera á caer algo encima, no sé qué, pero algo: algo que pesa mucho. (Pausa) La otra tarde lo encontré cunto al potrero vieco: yo venía para acá y él iba para la lagunita. Llevaba un pedazo de alambre en la mano y golpeaba la tierra con él: suave, suavecito, levantando pequeñas nubes de polvo. En tanto miraba la parva, los árboles, el humo de la trilladora... Parecía contento de vivir aquella tarde.

DOÑA LUISA—¿Cuándo fué?

DON BAUTISTA—El cuéves... Sí, anteayer. Yo lo vi de lecos; y de pronto pensé cambiar el camino, pa-

ra no encontrarlo. Me daba lástima y coraje, todo cunto. Ma, pero, después dique: ¡eh, qué diablos! alguna vez tiene que pasar... y cuanto antes, mecor... Y caminé. Al poco se encontramo frente á frente: él me miró á lo hondo, con esa mirada triste de buey cansado. Y se paró para hablarme. Francamente: yo tuve entonces algo de miedo, y con disimulo metí la mano bajo el saco y apreté el revólver con fuerza. Pero no me dico nada: siguió no más su camino sin darse vuelta, despacito... Ma, ahora golpeaba la tierra con rabia, como si la tierra tuviera la culpa y quisiera castigarla. Después, al rato largo, cuando me di vuelta desde las casas, lo vi sentao cunto á la laguna, con la cara entre las mano y la cabeza al aire.

DOÑA LUISA—¡Bah!, como siempre.

DON BAUTISTA—No; ese día no era como siempre, ¡no era! ¡Palabra de honor! Yo quisiera encontrarlo así otra vez. Para decirle algo: ¿sabe amigo? ¿de qué se queja? Ahora se trabaca aquí; ahora se come; ahora se vive. El gringo Bautista ha traído todo esto: Usté me dió un pedazo de tierra bruta, una ruina con olor á cementerio... y ahí la tiene ahora: pariendo espiga que es una bendición.

DOÑA LUISA—¡Por Dios!... Pueden oirnos...

DON BAUTISTA—(Sin hacerle caso, más enérgico cada vez) Y después, vengan los hombres y corten allí y compongan los alambraos y arreglen el pozo y el molino, y abran el surco, y desparramen la semilla, y pongan vida donde solo hay muerte. Y vos también, gringo inmigrante, pobre bestia de carga: agachá el lomo, escupite las mano y empujá cara al sol. ¡Cristo! Todo esto no se paga con dinero solamente... Ahora no se encuentra más la América ¡hay que hacerla á fuerza de puño! ¡hay que hacerla! (En el galpón un peón se despereza ruidosamente) ¿Qué? ¿todavía está ahí esta quente? (Se acerca) ¡Vamo, vamo! Son las dos. No hay que robar la plata. ¡Arriba!

ESCENA X

Dichos, PEÓN 1o., PEÓN 2o., JUAN PEDRO

PEÓN 1o.—¿Es la hora?

DON BAUTISTA—¿No le he dicho? Para mañana tengo que entregar doscientas bolsa. ¡Vamo! (Los peones desfilan rumbo al foro.)

PEÓN 2o.—Buenas tardes, patrona.

PEÓN 1o.—(A Juan Pedro, que desde un instante anterior se halla en el foro contemplando la escena) Buenas tardes.

JUAN PEDRO—Buenos. (Al oir la voz de Juan Pedro, Luisa y Bautista se dan vuelta sorprendidos.)

DON BAUTISTA—(A Juan Pedro, como disculpándose de su rudeza) ¡Esta quenta! Si uno no está encima siempre... (Los peones hacen mútis por foro izquierda, luego de recoger los instrumentos de trabajo.)

ESCENA XI

JUAN PEDRO, DOÑA LUISA, DON BAUTISTA y DOMINGO

DOMINGO—(Breve y embarazoso silencio antes de comnezar de nuevo el diálago. Por segunda derecha) El mate.

DOÑA LUISA—Dale á Don Bautista.

DON BAUTISTA—(Tomándolo) Gracias. (A Juan Pedro) ¿Usted gusta?

JUAN PEDRO—(Avanzando) Está en buenas manos. (Silencio otra vez.)

DON BAUTISTA—¿Y... qué le parece la chacra? ¿La ha visto?

JUAN PEDRO—(Con indiferencia) Así, de pasada.

DON BAUTISTA—Le garanto ¿eh?... ha costado mucho... y todavía, todavía... Estaba tan abandonado todo esto,... ¡qué quiere! A mi me daba lásti-

ma. Yo tenía unas cuadras en arriendo, las tengo aún... ¿Usted sabe?

JUAN PEDRO—¿Las de Pancho Ruíz?

DON BAUTISTA—Sí; ma, ahora son mías. Las compré al remate. (A Luisa) ¿Hará un año, ¿no?

DOÑA LUISA—Justo: un año.

DOMINGO—Pusieron tuito el campo con banderas coloradas.

DON BAUTISTA—Como le digo: cada vez que pasaba por aquí, me daba pena. Todo en ruina: la casa, el galpón con medio techo, los alambraos y las ensenadas rotos: una tapera casi. Y en el campo invadido pór los cardale y por los mêdano, unas cuantas ovecas, tr ste de encontra sin agua los cagüele. ¡Por Cristo! Era una fortuna; y un día le propuse á su tata trabacar la chacra á medias: yo traje la semilla, los hombre, la trilladora... Su hermano Antonio me ayudo mucho, eso sí; es un gran muchacho. (Le entrega el mate á Domingo, quien hace mútis para volver cuando el diálogo lo indique.)

DOÑA LUISA—Y hemos tenido suerte.

DON BAUTITA—Ya lo creo. Si viene otro año así... Porque, ¿sabe? esta tierra arenosa precisa mucha agua: no se cansa nunca de tragar...

JUAN PEDRO—¿Se firmó contrato?

DON BAUTISTA—Por tres años. No era tampoco preciso, porque ¿comprende?, estamos entre quente honrada; ma... pero, es mecor. Cualquier día sucede cualquitr cosa y...

JUAN PEDRO—Y... ¿usted, corre con todo, naturalmente?

DON BAUTISTA—Seguro. Su tata, usted vé, no puede trabacar; parece que anda enfermo. Se pasa el día sentado, ó vagando por ahí, solo...

JUAN PEDRO—¿Y Antonio?

DON BAUTISTA—Su hermano no entiende de esto. No quiere tampoco meterse en nada. A él, déquelo ahí, cunto á la tierra. No se cansa nunca ¡qué espe-

ranza! Parece de fierro (Sale Domingo y le dá el mate á Juan Pedro.)

JUAN PEDRO—Está bueno. (Pausa.)

DON BAUTISTA—Usted podría también quedarse. Aquí hay un porvenir.

JUAN PEDRO—Puede ser; estoy cansado: he volado mucho, mucho: á las veces muy arriba; á las veces pegando al suelo con ganas de enlodarme... Quisiera seguir siempre así, pero... Sufro la sensación que debe sufrir el pájaro después que le cortan las alas. Me tienta el nido y tengo ganas de echar en él un suelo largo... Pero ustedes no comprenden estas cosas... ¿Para qué?

DOÑA LUISA—(Cortando la conversación) Se olvida del viaje, Don Bautista.

DON BAUTISTA—Cierto, con la charla... Con permiso, ¿eh? Tengo todavía que atar el birloche.

DOMINGO—Ya está pronto.

DON BAUTISTA—Tanto mecor, entonces. (Mútis por la derecha con Doña Luisa.)

JUAN PEDRO—(Mirando su casa) El nido... mi nido. Ya no conserva el calor que dejé al partir.

ESCENA XII

JUAN PEDRO, DOMINGO

(Juan Pedro se sienta sin acordarse del mate que conserva en la mano. Domingo, á su turno, se echa á los pies de su patrón, de largo á largo, y lo mira con extrema é infantil curiosidad.)

DOMINGO—¡Pchá, que ha echado pelo en el bigote! (Pausa) Y está blanco... Como la gente de la ciudad. (Pausa) Güeno: él también viene de allí.

JUAN PEDRO—(Para sí) ¡Ese hombre!

DOMINGO—Rezongón ¿no?

JUAN PEDRO—¿Quién?

DOMINGO—Don Bautista, pues. Se mete en todo. Pa-

rece comisario. ¿Se acuerda del malacara de su tata? Güeno, ahora lo muenta él.

JUAN PEDRO—(Respondiendo á sus propios pensamientos) Entonces es cierto, ¡es cierto!

DOMINGO—Ya no queda ni rastro de la tropilla, ni vacunos. Cuatro ovejas locas por ahí, del otro lao de la laguna... ¡Y aquel monte tan lindo! Lo han hachao casi todo. No han quedao más que los caldenes chicos. ¿No dá rabia? ¡Claro que da rabia! A mi me da rabia... ¿Y á usted no le da rabia? A Micaela también le da rabia, y á la niña Maruja y... ¡Quién lo vide y quién lo vé al gringo! Yo me acuerdo cuando cayó al pago con unas botas de una suela... ¡Cristo padre! y unos clavos ¡Dios me libre! Y ahora, haciéndose el señor y mandando á tuitos: á tuitos, hasta á su tata, que es tan güeno y nunca nos hace trabajar.

JUAN PEDRO—(Entregándole el mate) Tomá.

DOMINGO—¿Quiere otro?

JUAN PEDRO—No. (Pausa.)

DOMINGO—¿Se acuerda de las milonguiadas en la cocina?, ¿y los trucos?, ¿y los bailongos?, ¿y las partidas de taba los domingos? ¡Ya se acabó todo eso. Al gringo no le gusta; ¡qué le ha de gustar! Trabaje como burro en la tierra y duerma parao como un teruteru, si quiere verlo alegre. (Imitándolo) ¡Esta quente! ¡Se precisa trabacar! ¡No sabe otra cosa!

JUAN PEDRO—Esta gente, esta pobre, esta humilde gente.

DOMINGO—Nos tiene rabia. Dice que los criollos no servimos para esto... Y ¡claro!, ellos tampoco sirven para lo otro. ¡Cuándo van á bolear un avestruz como el finao Gualberto!... (Pausa) ¡Pucha la vieja Micaela! ¿No la ha visto? Le han crecido los dientes de puro estrilo. No lo puede ver; ni él á ella. Si no juera por la señora, ya la hubiera galleteao. Porque eso sí: á la única que le lleva el apunte es á Doña Luisa.

JUAN PEDRO—¿Vos crees?
DOMINGO—¡Y de no! Para mi que...
JUAN PEDRO—Callate.
DOMINGO—Endeveras, patrón: con la señora...
JUAN PEDRO—¡Callate!
DOMINGO—Ya se retobó también. (Pausa.)
JUAN PEDRO—(Repentinamente) ¿Y viene mucho por aquí?
DOMINGO—Tuitos los días.
JUAN PEDRO—¡Es cierto, es cierto!
DOMINGO—De mañana, por la tarde, á la noche. Y á veces se queda á dormir. Yo lo vide hace poco...
JUAN PEDRO—(Con pena) Callate.
DOMINGO—(Humilde) Como me pregunta... (Pausa.)
JUAN PEDRO—Llamalo á tata... No; á tata, no; á mi hermano.
DOMINGO—¿Antonio?
JUAN PEDRO—Tampoco. A Maruja, sí, primero á Maruja.
DOMINGO—Si quiere los llamo á los dos. (Juan Pedro no contesta) Yo los llamo á los dos. (Mútis por derecha. Juan Pedro se pasea nervioso. De pronto saca el cuchillo y lo clava con furia en el tronco de un árbol sin decir palabra.)

ESCENA XIII

JUAN PEDRO, MARUJA, DOMINGO

DOMINGO—(A Maruja) Ahí lo tiene.
MARUJA—¿Me llamas?
JUAN PEDRO—Sí
DOMINGO—¿Y por dónde andará Antonio? Por el sembrao, dejuro. (Mútis foro izquierda.)

ESCENA XIV

JUAN PEDRO y MARUJA

JUAN PEDRO—(Breve pausa. Luego de cerciorarse de

que nadie les escucha) Maruja: vos sabes algo. Contame. Quiero confirmar mis sospechas; las insinuaciones, los chismes, todo lo que se murmura en el pueblo entre risas y burlas. Habla. Para mi hermano pegado á la tierra de sol á sol, ha podido pasar desaparecida tanta vergüenza; para vos, no, Maruja, para vos, no.

MARUJA—Pero...

JUAN PEDRO—(Indignado y enérgico) Sí sabés! ¡Hablá! ¿Qué es el gringo en esta casa, qué hace, qué derechos tiene, qué miserias ha traído, á cambio de qué nos proteje, cuánto cuesta esta abundancia?

MARUJA—No te pongas así; puede oirte tu padre ó... ella.

JUAN PEDRO—Responde entonces. (Maruja reflexiona sin contestar) ¡Gringo ladrón! (Se pasea nerviosamente otra vez y desclava el cuchillo del tronco. Luego ya más calmado, vuelve hacia Maruja) ¿Te acuerdas Maruja? Eras mi confidente, mi amigo, mi compañero: todas mis locuras encontraban en tus labios una sonrisa. (Imitándola) "Tío: dice Juan Pedro que lo perdone, que la de hoy es la última rabona"; y tata me perdonaba, desarrugando el entrecejo de tres días ante tu carita de rosa, chica para tus ojos. "Tío: dice Juan Pedro que necesita plata para un libro,... y tata sufragó mis vicios gracias á tus mimos. Vos has pensado en mí en estos tres años de ausencia; vos solamente escribías, resignándote anticipadamente á mi silencio; vos sola me esperabas, porque... (Insinuante) vos me esperabas ¿verdad?

MARUJA—Y tío... tío también. Yo lo he visto sufrir y llorar por los rincones.

JUAN PEDRO—¿Vas á decirme la verdad?

MARUJA—¿La verdad?

JUAN PEDRO—(Indignándose otra vez) Sí; la quiero, la exijo: la tendré cueste lo que cueste. ¿Qué importa que calles cuando todo lo sugiere, si hay aquí cien lenguas que acusan, pregonando á gritos el des-

honor de ese pobre viejo? No me digas nada. ¿Para qué? ¡Si vos también participas de esta riqueza!

MARUJA—¡Juan Pedro!

JUAN PEDRO—Sí; ya lo he dicho. Es una idea que tengo clavada aquí, lacerándome las sienes.

MARUJA—(Enérgica) ¡Es que no tienes derecho á suponer!...

JUAN PEDRO—¿Derecho? ¿ Ycómo detener á la imaginación? ¿No eres mujer, al cabo, y hermosa y no tienes un cuerpo bonito que vestir?

MARUJA—¡Juan Pedro!

JUAN PEDRO—No me digas que no. Sin darte cuenta, sin quererlo acaso, te complicaste en estas miserias, aceptándolas al fin con la fatalidad de lo irremediable. Pero estás equivocada, tan equivocada como ella, como el gringo, como todos los que confían en la infinidad. (Fuera de sí) ¡Una gran siete! Yo he de saberlo todo al fin! (Grita) ¡Antonio! ¡Antoniooooo!

MARUJA—¿Qué vas á hacer?

JUAN PEDRO—(Sin escucharla) ¡Antonio!

ESCENA XV

Dichos, DON LEANDRO, á poco, ANTONIO

DON LEANDRO—(Por el foro izquierda, sin modificar su paso, ni el tono triste y pausado de su voz) ¿Qué ocurre?

JUAN PEDRO—¡Ah, tata!.... ¡es usted!

DON LEANDRO—¿Qué hay?

JUAN PEDRO—Hay, que,... perdone, tata; pero...

MARUJA—(Queriendo detenerlo) Juan Pedro...

JUAN PEDRO—(Resuelto al fin, después de breves instantes de angustiosa duda) Dejame. Hay, que se dice,... se murmura... hay... ¡que lo venden miserablemente!, que usted no sabe... que...

DON LEANDRO—(Desalentado) Que si lo sé... ¡que es cierto!

JUAN PEDRO—¡Tata! (Juan Pedro mira á todos con asombro y angustia á la vez, como dudando de lo que ha oído. Luego reacciona poco á poco) ¿Has oído Maruja? (Corre hacia Antonio que aparece en ese instante con la horquilla al hombro) ¿Y vos? ¿Has oído? (Lo zamarrea violentamente) Decí: ¿has oído?

ANTONIO—(Mirando hacia arriba) ¡Parece que va á llover!

Telón rápido

Segundo Acto

Campo de trigo ya segado. En el comedio de la escena una parva próxima á terminarse. Atardece.

ESCENA I

ANTONIO, DOMINGO, PEÓN 1o., PEÓN 2o.

(Los dos primeros sobre la parva y los otros al pie de ella: los cuatro con su correspondientes horquillas.)

DOMINGO—(Canta á media voz)

Nunca te miré á la cara
cuando te vide pasar;
el día que alcé la vista
fué cuando aprendí á llorar.
Por eso alego
por eso alego:
pa pecar, de atrevido,
nunca de lerdo.

(Pausa breve durante la cual los cuatro hombres trabajan empeñosamente.)

Nunca te miré á la cara
cuanto te tuve á mi lao;
ahura la veo soñando
y con los ojos cerraos.
Por eso digo,
por eso digo:
pa querer, bien dispierto
nunca dormido.

PEÓN 1o.—¡Oigalé!

DOMINGO—¿A que no sabes á quién le aprendí esta versada?

PEÓN 1o.—¡Qué se yo!

DOMINGO—Al finao Morales, ¿no te acordás? ¡Pcha que cantaba lindo el cordobés!

PEÓN 1o.—(Secándose la frente sudorosa) Más lindo es el sol que se escuende.

DOMINGO—Ya era tiempo.

PEÓN 1o.—Hay días que parece insulto de tartamudo: no se acaba nunca.

PEÓN 2o.—¡Madona qué caldo!

DOMINGO—Ha picao fierazo esta tarde.

PEÓN 1o.—Como binchuca en cama de pobre.

DOMINGO—(Pausa. Clava la horquilla y se acoda en ella) Recién se respira un poco. Ahora daría gusto seguir hincando la herramienta.

ANTONIO—(Sin descansar) Y seguí, no más.

DOMINGO—Pero ahura tocan á silencio. (Se sienta)

ANTONIO—¡Pa lo que hacés!

DOMINGO—Sí, es claro. Yo nunca hago nada: Domingo, cebá mate; Domingo, enganchá el sulky; Domingo, balcá el pozo; Domingo, traí la correspondencia; Domingo... Siquiera me echaran leña y me prendieran juego como al motor de la trilladora.

ANTONIO—Es que todo lo hacés mal y tarde.

DOMINGO—Güeno: antes no hacíamos nada y comíamos también.

ANTONIO—Es que antes...

DOMINGO—¿Pasemos á otra cosa, ¿quiere?

ANTONIO—¡Para qué hablás!

DOMINGO—De vicioso. A veces sueño que soy mudo ¡y me da un estrilo!

PEÓN 1o.—Ya debe ser hora ¿no?

ANTONIO—(Mirando al sol que declina) Falta un rato.

DOMINGO—Reciencito da señales de vida la majada. Por allí viene, recostándose pa el lao de la laguna. El guachito de tres patas, salta delante de todos como un loco. Y ahura pega un balido, ¿sintieron?

PEÓN 2o.—¡E una novitá!
DOMINGO—¡Qué quiere! A mi siempre me parece distinto. Y es distinto: á veces balan de rabia, otras de miedo, otras de frío, otras de gusto; ahura parece que de puro vicio. Como nosotros.
PEÓN 1o.—¡Como tu familia, puede ser!
DOMINGO—¡Y qué se creen! Tuitos somos animales: las ovejas, los perros, Don Bautista, usted, yo... Así dijo el cura que vinò pa las misiones.
PEÓN 1o.—¡Tu mama!
ANTONIO—Ha comido lengua hoy.
PEÓN 1o.—Eso ha de ser.
DOMINGO—(Sin hacerles caso) Ha pegao su estirón la parva: ayer sólo se veía el molino de lo del vasco; ahura se alcanza hasta la torre de la capilla. ¡Gringo que se va á poner platudo! Y usted también Don Antonio, porque...
ANTONIO—¡Quién sabe!
DOMINGO—¡Oh! ¿Y de quién es el campo?

ESCENA II

Dichos y DON BAUTISTA

DON BAUTISTA—(Por la derecha) Buena tarde.
DOMINGO—(Se pone de pie rápidamente) ¡Ya me agarró sentao!
DON BAUTISTA—¿Qué tal, Antonio?
ANTONIO—Bien: para mañana hemos terminao con esta.
DON BAUTISTA—¿Sabe? Tengo miedo que llueva ahora. Si no cambia el viento.
PEÓN 1o.—Ya es poco lo que queda por alzar.
DON BAUTISTA—Poco sí, ma... (A Domingo que se distrae con la charla) ¡Vamo, vamo, pelandrún! Así no se gana el sueldo.
DOMINGO—Es que se hace tarde, Don Bautista.
DON BAUTISTA—Tarde, tarde... E la hora mecor...

PEÓN 1o.—Cuando no se ha trabajao antes.
PEÓN 2o.—Securo.
DON BAUTISTA—El año que viene vamo á sembrar por el lao de la laguna también. ¡Lástima de tierra! ¡Oh, si yo vengo ante por estos pago!
ANTONIO—Más vale tarde que nunca.
DON BAUTISTA—Cierto. (Medio mútis.)
DOMINGO—Y piano, piano, guadaña un tano.
DON BAUTISTA—(Volviendo. Con forzada indiferencia) ¡Ah, ché! ¿y Cuan Pedro?
ANTONIO—No se: no lo he visto desde hoy á medio día.
DON BAUTISTA—Parece que anda así, inocao ¿te ha dicho?
ANTONIO—No, nada...
DON BAUTISTA—¡Eh, bueno: él sabrá lo que tiene! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos DON BAUTISTA

DOMINGO—(Tirando la horquilla y sentándose otra vez) ¡Oh, bueno: que trabaje su mama si quiere.
PEÓN 1o.—Mirá que vuelve.
DOMINGO—(Poniéndose de pie) ¡No diga!
PEÓN 1o.—¡Ja! ¡ja! ¡Veanló al gallito!
DOMINGO—Muy gracioso. (Se sienta) ¿Por qué no se fué con los del circo?
PEÓN 2o.—(Luego de consultar el reloj) Las seis.
ANTONIO—Dejen, si quieren.
PEÓN 1o.—¡Y cómo le va!
ANTONIO—(Clava la horquilla y se endereza por fin, secándose el copioso sudor que le baña el rostro) Estoy medio cansao.
DOMINGO—¡Claro! Si trabaja como un burro.
PEÓN 1o.—Como quien trabaja lo propio.

ANTONIO—¡Lo propio! (Baja de la parva) ¿Y si no fuera mío?

PEÓN 1o.—Con lo que sale.

ANTONIO—(Cortando todo comentario) Es un supongamos.

PEÓN 2o.—¿Se quedan ustedes?

PEÓN 1o.—Yo me voy. ¿Y usted, Don Antonio?

ANTONIO—Ahora.

PEÓN 1o.—Hasta luego, entonces.

ANTONIO—Hasta luego.

PEÓN 1o.—(A su compañero) ¿Vamos? (Vánse izquierda.)

ESCENA IV

ANTONIO Y DOMINGO

ANTONIO—(Prende un cigarrillo y se recuesta contra la parva, pensativo) Esto no tiene remedio... Le doy vueltas y vueltas y... nada. (Pausa.)

DOMINGO—(Desde arriba siempre) Diga, Don Antonio.

ANTONIO—¿Qué te duele?

DOMINGO—¿Me puedo ir?

ANTONIO—Andate.

DOMINGO—Después no diga que... ¿sabe?

ANTONIO—Yo no digo nada.

DOMINGO—Entonces me voy.

ANTONIO—Hacé lo que se te antoje.

DOMINGO—Es... que si usted quiere me quedo. (Baja.)

ANTONIO—¡Sos pavo! (Pausa.)

DOMINGO—¿Ha visto?

ANTONIO—¿Qué?

DOMINGO—Don Bautista la tiene conmigo. Y yo no se por qué. (Viendo que Antonio permanece abstraído) Este,... bueno: me voy. (Medio mutis) ¡Ah! Le dije ¿no?

ANTONIO—¿Qué cosa?

DOMINGO—Que lo andaba buscando su hermano.

ANTONIO—Sí.

DOMINGO—¿Si lo veo le digo que está por aquí?
ANTONIO—No, no le digas nada. ¿Para qué?
DOMINGO—Ni hace falta tampoco. Mire: ahí viene. (Señala á la izquierda. Antonio intenta escaparse por la derecha) ¡Oh, ¿por qué corre?

ESCENA V

JUAN PEDRO—(Adentro) ¡Antonio! (Sale corriendo para detenerle) ¡Antonio! (Cruza la escena y vuelve con él instantes después.
DOMINGO—¡Ni que juera mandinga!
JUAN PEDRO—No; ahora no te vas á escapar. Es preciso que hablemos seriamente, largamente, tristemente. Por el viejo, por vos, por todos los que vivimos aquí otras horas más felices aunqe más pobres, me tienes que escuchar, ¿has oído?, ¡me tienes que escuchar! Vos, Domingo.
DOMINGO—¿Patrón?
JUAN PEDRO—Decile al viejo que los esperamos aquí... á él solo y sin que se entere nadie ¿entendés?
DOMINGO—Sí, patrón.
JUAN PEDRO—Que Antonio y Juan Pedro lo esperan donde le dije. Andá.
DOMINGO—¿Y pa qué será? (Mútis derecha.)

ESCENA VI

ANTONIO y JUAN PEDRO

JUAN PEDRO—Hace muchos días que soñaba este momento, Antonio: desde que llegó á mis oídos el primer rumor, allí en Buenos Aires. Porque para mi era indiferente este cielo, estos campos, todo lo que aquí respira; porque yo no comprendo ahora este vivir triste y silencioso de hombres resignados. Pero el viejo es algo más que todo esto: es mi nombre, mi

vida misma, mi último prejuicio: el más hondo, el más difícil de arrancar...

ANTONIO—Yo no sabía nada.

JUAN PEDRO—Sí, sabías; no te disculpes. Por lo mismo que vives así, esclavo de la tierra, por lo mismo que no sabe levantar los ojos, tuviste que enterarte de tanta infamia. Pero, sin duda, te era más cómodo cruzarte de brazos y no interrumpir tus digestiones.

ANTONIO—¿Y qué iba á hacer? ¿Decírselo? ¿Para matarlo?

JUAN PEDRO—¿Lo he muerto yo? Y sobre todo: pudiste evitarlo á tiempo.

ANTONIO—Lo supe después... cuando ya no había remedio.

JUAN PEDRO—¿Y te callaste? ¿Y seguiste viviendo con ellos? ¿Entre las mismas paredes, hablándoles, dándoles la mano como á dos amigos; obedeciéndoles como á una madre casi, como á un socio? ¡Eres tan canalla como ellos!

ANTONIO—No, eso no.

JUAN PEDRO—Sí; tanto como ellos, más que ellos: á él lo disculpa su avaricia; á ella su juventud, su exceso de sangre, la decadencia física del pobre viejo inútil para el amor. Tu falta no tiene atenuante: porque eres joven, porque eres fuerte, porque eres hijo, en fin. ¡Que tenías miedo de matarlo! ¡Cómo si esto fuera vida! No, Antonio: la vida es algo más hermoso: es una ocupación útil, un ideal de humanidad, un recuerdo, una esperanza en algo mejor, un día sin lágrimas, una hora sin vergüenzas, un pensamiento tranquilo, durmiendo al fin bajo un mechón de cabellos blancos.

ANTONIO—(Conmovido) ¿Para qué te fuiste, Juan Pedro?

JUAN PEDRO—¿Vas á excusarte con mi ausencia?

ANTONIO—No; no era para excusarme... Es que vos has sido siempre más hombre y lo hubieras salvado. (Pausa.)

JUAN PEDRO—¡Para qué me fuí! ¿Acaso lo sé yo mis-

mo? No podría explicártelo... y quizás no me entendieras... Tenía necesidad de ver otras cosas, otros hombres: esas cosas que nos llegaban de allá, del pueblo grande, con todos los prestigios de lo nuevo: esos hombres que un día cruzaron nuestra chacra virgen de cultivos con dos líneas paralelas de hierro. Desde entonces fué mi ocupación predilecta, sentarme junto á los rieles mohosos y resbalar por ellos mi pensamiento. ¿Qué hay allí, muy lejos, detrás de aquel monte y del otro, y del otro, y de aquellas lomas, y de aquel arroyo, y de aquel médano! Y para saber eso y dormir sin curiosidad una noche siquiera, cansé á mi caballo favorito en una carrera loca. Dejé atrás todo lo conocido en diez años de ginete vagabundo; pero mi deseo seguía volando riel adelante, siempre adelante, á despecho del mancarrón que se rindió por fin echando espuma por la boca.

ANTONIO—¡Pobre tordillo! Lo encontramos muerto algunos días después...

JUAN PEDRO—Así llegué á una estación, la última de la línea, en aquel tiempo. Y desde allí á Buenos Aires. Después... después muchas alegrías y muchas tristezas: alegrías y tristezas ignoradas hasta entonces.

ANTONIO—Yo te quería llamar; pero el viejo no me dejaba. Una vez que yo insistí, me lo pidió llorando.

JUAN PEDRO—¡Pobre viejo!

ANTONIO—Ahora me explico su oposición.

JUAN PEDRO—¡Y ese hombre!

ANTONIO—Nos puede echar el día que quiera, de aquí. Todo esto es de él: tata no supo ó no quiso saber lo que firmaba. Luisa...

JUAN PEDRO—¡No la nombres!

ANTONIO—Ella le dijo que era conveniente hipotecar el campo para poder trabajarlo después...

JUAN PEDRO—¡Esto más! ¿Y el dinero?

ANTONIO—Se lo volvió á llevar poco á poco con distin-

tas excusas. Hoy, para reparar el alambrao; otro día para el pago de los intereses... otro...

JUAN PEDRO—¿Y te resignas?

ANTONIO—Yo...

JUAN PEDRO—¿Es posible que aceptes sin sublevarte la miseria y el deshonor? (Para sí) Luego, es cierto: hay hombres así: como tata, como mi hermano. (Indignándose hasta la exaltación) No, yo no puede creerlo, no puedo, ¡no quiero! A él, podría tolerárselo, pero á vos no: y vos tendrás que acompañarme á buenas ó á malas: para reconquistar esta tierra que es de todos nosotros; para alejar al intruso y á su cómplice; para matarlos, si es preciso ¿oís? ¡para matarlos!

ESCENA VII

Dichos y DON LEANDRO

DON LEANDRO—(Que oye las últimas palabras) ¡Pobre, mi hijo, pobre, mi hijo!

JUAN PEDRO—¡Tata! (Lo abraza.)

DON LEANDRO—¡Cabecita loca! Lo mismo que antes, lo mismo. (Pausa.)

JUAN PEDRO—(Desprendiéndose de los brazos de su padre) Perdone, viejo, pero...

DON LEANDRO—(Por Antonio) El me entiende: por eso se calla. Es más buenito que vos.

JUAN PEDRO—Es que...

DON LEANDRO—Yo te voy á explicar... Oíme. Arrimá el tronco.

ANTONIO—(Alcanzándoselo) Tome, tata.

DON LEANDRO—Estoy muy cansao, y lo raro es que no he caminado nada en todo el día. ¡Ah, pero las espaldas me pesan mucho: como me solían doler cuando soldao, después de una semana de marcha con la mochila con todo el equipo. (Se sienta. A Juan Pedro) Vos dirás que son los años... ¡y no son

los años, canejo! Y sino, ahí lo tenés á tu padrino, militar como yo, fogueao como yo en cien encuentros, con los mismos galones que yo en el kepi, ganaos á fuerza de coraje. Y sin embargo vive fuerte...

ANTONIO—Pero á Vd. lo golpearon más fiero.

DON LEANDRO—Puro arañazo. Solo esta herida. (Señalándose una profunda cicatriz que le cruza la frente) la única que me empujó á la cama. Y desde entonces ando mal... Yo no sé explicarme... no sé, no puedo: en mi tiempo aprendimos poca cosa los militares: las voces de mando apenas. Lo demás lo hacía el valor y la suerte.

JUAN PEDRO—Pero...

DON LEANDRO—Sí; tenés razón, vamos á lo que importa. Vos creés que he perdido la vergüenza, que ya no soy hombre, que cualquier trompeta puede golpearme con el pie como piedra del camino ¿no es eso? No, mijo, no: esto que me pasa no se decide sino matando; ya lo sé ¿Cómo? Como se pueda: de frente ó á traición, con el cuchillo ó con las uñas: sin asco, sin vacilaciones, como á perros rabiosos. Porque eso son: perros,

ANTONIO—Cálmese, tata.

DON LEANDRO—Me han engañado como á un chico, como á un idiota. Y esto no se perdona nunca entre los criollos. ¿Y por qué mataste? Porque mi china no me besaba á mi solo. Así contestó tu padre una vez, siendo soldao, hace ya muchos años. ¿Te acordás de la historia?

JUAN PEDRO—Sí, tata: me acuerdo.

DON LEANDRO—Pero ahora no puedo. Hay algo que impide al brazo obedecer. (Señalándose la cabeza) Con esta mato y hasta me entretengo en el suplicio de mis víctimas; pero éste permanece caído, sin fuerza, como si en vez de músculos fuera un trapo, también por dentro como por fuera. ¿Me entendés, mi hijo? Estoy perdido: soy un inútil, un pedazo de carne que se mueve por costumbre, que no sabe dón-

de va, ni por qué va. Todos los días hago propósitos de venganza, de escarmiento, de muerte, y todos los días desisto de ellos también ante la resistencia de mis músculos. Sólo deseo la quietud, la tranquilidad, la inacción; mis ansias de vida rematan siempre en no querer nada, en no pensar nada, en no ver nada.

JUAN PEDRO—Siga, viejo, siga. No sabe lo que me consuelan sus palabras.

DON LEANDRO—Yo no me daba cuenta de esto cuando los primeros síntomas: pensé, como otros, que eran los años que caían poco á poco sobre mi cabeza, amontonándose en la herida... Pero una noche... Había ido al pueblo, y contra lo que anuncié, volví pocas horas más tarde, algo después de anochecido. Al abrir la puerta de mi cuarto, me sorprendió un murmullo de conversaciones y de risas: ella hablaba con un hombre, con él, con Don Bautista. Apliqué el oído á la cerradura y lo supe todo. Y tu padre sintió que la sangre se le encendía, y quiso llevar la mano al revólver, y no pudo, y quiso abrir la puerta, y la mano no le obedeció, y quiso gritar y los labios no articularon... Al día siguiente, ellos mismos, los dos, ¡los canallas!, tuvieron que recogerme y llevarme á la cama, ¡á la misma cama!, desnudándome como á un chicuelo, como á un inútil... Me econtraron allí, tirao junto á la puerta cerrada, con los labios babosos.

JUAN PEDRO—¿Y después?

DON LEANDRO—Después, ya te he dicho: no podía, no podía... Cuantas veces intenté matarlos, cuantas me convencí de mi impotencia. Entonces opté por callarme y decir amén á todo. ¿Qué iba á hacer? (Se pone de pie) Así me hicieron firmar lo que quisieron; así me despojaron de todo; así se burlan de mis canas... Si, mi hijito: vos tenés razón en indignarte, en renegar de mí, de tu padre; pero, con todo, tu padre te quiere, tu padre te sufrirá todo con tal que lo dejes morir tranquilo, como si no su-

piera nada, como si no hubirea pasado una noche junto á las puertas de su cuarto oyendo los besos que su mujer ponía en los labios de otro hombre. (Medio mútis por la izquierda.)

JUAN PEDRO—¿Dónde va, tata?

DON LEANDRO—¡Qué se yo! A llorar como una mujer, posiblemente.... Creí que resistiría sin avergonzarme esta confesión... ¡y no es así! Dejame mi hijo, dejame.... (Mutis izquierda, pausadamente.)

ESCENA VIII

ANTONIO y JUAN PEDRO

ANTONIO—(Después de una pausa. Tímido) ¡Es muy triste! Querer y no poder... ¡muy triste!

JUAN PEDRO—Tanto vale morir...

ANTONIO—Y... ¿será por la herida, como él supone?

JUAN PEDRO—La herida y el hábito del cuartel. Vos piensas de un modo, comprendes que aquello debe hacerse en tal forma... ¡No importa! Hay otro hombre que no lo cree así, y tienes que pensar como él, porque aquel hombre puede más que vos, te vigila, te gobierno y tiene un galón más en el kepí. Ynútil que subas, inútil también que adornes el pecho con muchas medallas: siempre habrá otro más arriba, más omnipotente...

ANTONIO—¿Esto no tiene remedio, entonces?

JUAN PEDRO—Puede ser.

ANTONIO—¿Cómo?

JUAN PEDRO—No sé; pero tampoco es posible esta resignación estúpida por parte nuestra. Por lo pronto, hay algo que puede y debe salvarse de esta ruina moral: Maruja. Si ella quiere, la llevo.

ANTONIO—(Sorprendido) ¿A Maruja?

JUAN PEDRO—Sí. Cuando pueda, si puedo, volveré por ustedes. Ahora me conformo con ella.

ANTONIO—¿Serías capaz?

JUAN PEDRO—¿De qué?

ANTONIO—¿De llevártela?

JUAN PEDRO—¿Y por qué no?

ANTONIO—Porque... (Conteniéndose) Porque no es justo, ni honrado, ni decente.

JUAN PEDRO—En esas mismas razones apoyo mi pretensión: no es decente, ni honrado, ni justo dejarla aquí entre enfermos y resignados. Además, me quiere.

ANTONIO—(Enérgico) ¡Mentira!

JUAN PEDRO (Sorprendido) ¡Cómo!

ANTONIO—No, nada...

JUAN PEDRO—¿Acaso, vos?

ANTONIO—(Avergonzado) No, yo no... Pero tampoco puede quererte. (Con angustia) Ella no te habrá dicho nada...

JUAN PEDRO—¿Y para qué? Esas cosas no se dicen nunca, ó por lo menos se adivinan antes.

ANTONIO—¿Entonces?

JUAN PEDRO—(Indiferente) Me la llevo. Cumplo así mi deber y mi gusto.

ANTONIO—¿Tu gusto también?

JUAN PEDRO—Sobre todo. Además ¿qué podrían ofrecerle ustedes? ¿Vos, por ejemplo? Porque vos la querés,... sin saberlo acaso, pero la querés.

ANTONIO—No; no es cierto; no es cierto.

JUAN PEDRO—¿Cómo explicas entonces tu oposición. Reconoces que esto no tiene remedio y, sin embargo...

ANTONIO—Sin embargo...

JUAN PEDRO—¿Qué?

ANTONIO—Nada... que no la quiero.

JUAN PEDRO—Mejor para vos en ese caso.

ANTONIO—Tenés razón. (Mútis Juan Pedro por derecha.)

ESCENA IX

ANTONIO—(Sentándose en el tronco. Tristemente) Tiene razón.

DOMINGO—(Sobre la parva, asomando la cabeza) ¡Pchá digo! Estaba si tosía ó no tosía! Y casi me ahogo entre el pasto. Por curiosear. ¡Cristo padre, las cosas que ocurren! (Se pone de pie) ¡Quién iba á figurarse!

ANTONIO—(Siente ruído y lo descubre) ¿Quién?

DOMINGO—Yo, Domingo. (¡Me pilló!)

ANTONIO—¿Y qué hacés ahí?

DOMINGO—(Disimulando) Pchissss... No hable fuerte, patrón. Le he puesto una trampa á los gorriones y andar por caer...

ANTONIO—Pa el que te crea...

DOMINGO—¡Animalitos pícaros! Se asientan y se levantan como locos. Hay una pareja enamorada que da risa: el macho debe ser aquel grandote gritón ¿no siente? ¡Si será diablo! Ya anda por pegarle sucio á la compañera. ¿No le dije? Una de las hembras, la más coqueta, se corta de la bandada. Y ahora se van juntitos hasta la parva chica... y ahora se picotean... y ya pegaron otro volidito... y ya se asentaron otra vez sobre la chapa de zinc... Y ella se se separa haciéndose la interesante, como la hija de Don Guillermo,... y él la persigue no más, hasta la punta de la lata... ¡y ya estuvo! ¡Dispués dicen que los animales no son como nosotros! ¿Quiere que le diga un secreto?

ANTONIO—¿Qué secreto?

DOMINGO—Mismamente andaban hoy su hermano y Maruja....

ANTONIO—¿Dónde?

DOMINGO—Por ahí, no más, frente al galpón viejo. Güeno, pero no pegaron el último volido... no vaya á creer... Al menos, yo no lo vide.

ANTONIO—¿Vos los viste?

DOMINGO—Con estos dos.

ANTONIO—¿Y ella?

DOMINGO—Ella como la gorriona: un saltito de aquí, un saltito de allá y una risita, y después corta una flor de sapo, ¿sabe?, de esas amarillas, y empieza á jugar al que sí, que no. Y á él se le caiba la baba de puro gusto.

ANTONIO—No es verdad; mentís.

DOMINGO—Puede ser, pero... yo lo vide, patrón.

ANTONIO—(Con desaliento) Bueno, bueno: dejame solo. Andate.

DOMINGO—Es que...

ANTONIO—¡Andate!

DOMINGO—¡Y ahura que estaban por caer en la trampa los gorriones!... (Medio mútis. De lejos, llega un silbido prolongado) ¿Quién llama? (Se repite el silbido) ¡Ah, son los muchachos! (A Antonio confidencialmente) Van al rancho de la Jacinta. (Gritando) ¿Pa ande?... Güeno, esperen. (A Antonio, otra vez) Pa allí no más, era. Hasta luego. Si quiere le traigo una empanada, ¿quiere? (Antonio no contesta. Vuelve á oirse el silbido) ¡Pcha, que están apurados! ¡Ya voy!... (Mútis por detrás de la parva.)

ESCENA X

ANTONIO

ANTONIO—¡Como los pájaros! Buscándose como ellos, á la luz del sol,besando... sí, be-sán-do-se... Los he visto... ¡Y yo que no había soñao nunca estas cosas! Tuvo razón Maruja: era una bestia sin alma. (Vuelve á sentarse y se acoda sobre las rodillas ocultando la cabeza entre las manos. Cierra la tarde. Desde lejos llega el balido triste y largo de las ovejas; por detrás de la parva asoma la luna, poniendo un nimbo de luz sobre la cabeza resignada de Antonio. Domingo que se aleja, repite su copla favorita, cantada esta vez con mayor sentimiento.)

DOMINGO—

Nunca te miré á la cara
Cuando te vide pasar,
El día que alcé la vista
Fué cuando aprendí á llorar.

(Breve pausa. La luna pasa á ocultarse detrás de una nube. Queda la escena á obscuras.)

ESCENA XI

ANTONIO, MICAELA, á poco MARUJA

MICAELA—(Por la izquierda, seguida de Maruja) Pero ¿por dónde andarán estos muchachos?

MARUJA—¡Vaya á saber!

MICAELA—¿Y qué habrá pasao con el viejo? lo he visto tan afligido.

MARUJA—Bueno: aquí no están. Vamos. Luego sabremos todo.

MICAELA—¿Y si no parecen?

MARUJA—Mañana será otro día.

MICAELA—Vamos, entonces. (Caminan hacia la derecha. Al pasar por delante de Antonio oyen un sollozo y se detienen entre sorprendidas y miedosas.)

MARUJA—¿Oiste, Micaela?

MICAELA—Oí, niña. (Se acerca con recelo) ¿Quién es?

ANTONIO—Yo.

MICAELA—Y ¿quién sos vos?

ANTONIO—Antonio.

MARUJA—¡Ah, Antonio! ¿Qué tiene el viejo?

ANTONIO—No sé.

MARUJA—Apareció por allí tan afligido... ¿Y Juan Pedro?

ANTONIO—(Secamente) No está.

MICAELA—Es inútil, ché. Este no habla nunca. Vamos.

MARUJA—Vamos. (Medio mútis. En voz baja á Micaela) Pero... ¿llora, ché?

MICAELA—Sí, llora. Tiene los ojos vidriosos. (Nuevo sollozo de Antonio) ¿Sentís?

MARUJA—¡Y yo que decía!...

MICAELA—¡Pobrecito! (Se van en puntillas, y volviendo la cabeza, por la derecha.)

ANTONIO—¡Como los pájaros! (Rompe á llorar acongojadamente.)

Fin del segundo acto

Tercer Acto

El patio de la chacra otra vez. Amanece.

ESCENA I

MICAELA, MARUJA, JUAN PEDRO

Micaela y Maruja sentadas bajo el corredor; Juan Pedro se pasea preocupado, acercándose á Maruja cuando el diálogo lo indique.

MICAELA—¡Ahaaa! (Bostezo largo y profundo. Luego se despereza y cambia de postura) ¡Qué eternidad de noche!

MARUJA—Yo apenas la he sentido. ¡Hace tanto calor ahí dentro y está tan lindo aquí fuera!

MICAELA—¡Qué querés! Yo me caigo de sueño. ¡Y cómo no! Si hasta el reloj parece que se fatiga de tanto tic-tac ¿sentís? (Se oye en efecto el golpe acompasado de un reloj de pared) Y después, ché: la que debía cuidarlo y atenderlo es ella no más. ¿No te parece? Para eso es su marido.

MARUJA—(Imponiéndole silencio) ¡Pchisss! No hables tan fuerte.

MICAELA—Endeveras: ya no me acordaba. (Cruza los brazos y se dispone á dormir. Maruja se aproxima á la puerta de segunda derecha y escucha con atención.)

JUAN PEDRO—¿Duerme todavía?

MARUJA—Sí; parece que sí.

MICAELA—Entonces ¿es güeno el remedio que trajo Domingo del pueblo?

JUAN PEDRO—¿Lo tomó todo?

MARUJA—De un trago. Después de beberlo cerró los ojos y poco más tarde dormía profundamente.

JUAN PEDRO—Y.... ¿no dijo nada?

MARUJA—A mi no.

JUAN PEDRO—¿Y á Doña,... á ella?

MARUJA—Tampoco. Es decir, algo le dijo; pero yo no lo entendí. Habló entre dientes, como soñando. ¡Pobre tío!

JUAN PEDRO—¡Pobre viejo! ¡Qué tristezas le tenía reservadas la vejez! (Se sienta próximo á Maruja. Micaela dormita, pero de cuando en cuando abre los ojos y trata de pescar algo de la conversación de Maruja y Juan Pedro.)

MARUJA—¡Si lo hubieras visto como yo!

JUAN PEDRO—En estos tres días he podido darme cuenta. Por eso deseo llevarte, ya que por ahora no puedo llevarlos á todos. Además, ellos se resignan: Antonio, porque no concibe la vida en otra forma, y tata, porque ya no puede querer nada.

MARUJA—Sin embargo, la otra mañana...

JUAN PEDRO—Sí, te inculpé injustamente. Estaba loco; no comprendía esta situación; de ahí mis arrebatos, mis propósitos de venganza, la idea de muerte que quise poner en el pensamiento casi primitivo de Antonio. Porque... ¿qué remediaríamos con la violencia? Detrás del cadáver de ese hombre quedaría siempre una escritura.

MARUJA—Cierto

JUAN PEDRO—Sí, Maruja: sabemos ya todo lo preciso para esclavizar al prójimo. Por ahora, un papel vale más que una razón...

MARUJA—¿Entonces?

JUAN PEDRO—Entonces todo queda como estaba.

MARUJA—(Insinuante) No, todo no, Juan Pedro.

JUAN PEDRO—Verdad: en nuestros corazones vive ahora una ilusión, una fuerza: la más fecunda, la más hermosa, la única que disculpará nuestro egoísmo...

MARUJA—La misma que crecía en mía desde hace cuatro años; la que te trajo la otra mañana, ¡mi mañana!

JUAN PEDRO—La que pone término á mi noche. ¿Me perdonas?

MARUJA—¿Y me lo preguntas?

JUAN PEDRO—Te lo pregunto porque tengo necesidad de oir una palabra cariñosa, exenta de egoísmo, ¡Hace tanto tiempo que vivo solo! Amaba, sí; y por eso luché y sali á la calle á vociferar palabras de venganza y de reivindicación: por amor á los miserables, á los ignorantes, á los que jamás realizaron un sueño; pero luego, al echarme en mi cama de soltero, fría y pobre, solía preguntarse: ¿y por mí? ¿Quién se interesa por mí?

MARUJA—Yo, Maruja, ¡tu Maruja!

JUAN PEDRO—Alguna vez lo supuse, no creas que no... Allí quedó una paisanita que supo quererme... me decía evocando tu cara risueña, tu mirar tranquilo de alma sin ambiciones...

MARUJA—Pero ni una carta... ¡ni una flor!

JUAN PEDRO—Es que, ya te lo he dicho, no te quería aún. Y no te quería porque nunca estuve solo, verdaderamente solo, condición que exige el amor para nacer. ¡Ocupaban mi pensamiento tantas cosas! Hasta entonces... ¿cómo te diré?... hasta entonces te asociaba á todo mi pasado, vivías en mi recuerdo, pero no en mi porvenir.

MARUJA—¿Y ahora?

JUAN PEDRO—(Apasionado) Ahora camino contigo, y junto á tí, todos los días futuros. Estás en todos mis proyectos y en todos mis sueños... Y en sueños te beso como te beso en la realidad... ¡así!...

MARUJA—(Esquivándose) No, eso, no. (Micaela que abre los ojos minutos antes y espía disimuladamente, tose con malicia.)

JUAN PEDRO—(De pie) Me lo debes.
MARUJA—¿Te vas?
JUAN PEDRO—A disponerlo todo... Porque... ¿ya estás convencida, verdad?
MARUJA—¡No me engañes, Juan Pedro!
JUAN PEDRO—¿Y para qué, Maruja!
MARUJA—Hasta luego.
JUAN PEDRO—Hasta luego. (Se toman de las manos, contemplándose en silencio breves instantes. Mútis Juan Pedro por foro izquierda.)

ESCENA II

MARUJA y MICAELA

MICAELA—(Con finjida seriedad, como si concluyese de abrir los ojos y luego de mirar á su alrededor) ¡Oh!... ¿y Juan Pedro?
MARUJA—Se fué... Como vos no lo atendías...
MICAELA—¿Se quedó por mí, acaso?
MARUJA—¡Quién sabe!
MICAELA—¡Pucha que hablaban despacito! ¡Al ñudo me acomodaba para parar la oreja: ¡ni una palabra!.... Güeno: ¿y en qué han quedao?
MARUJA—En nada.
MICAELA—Pa el que te crea. ¿No ves, mijita que tengo el pelo blanco y que también he tenido veinte años?
MARUJA—¿Todavía se acuerda de estos tiempos?
MICAELA—A mí, ché...
MARUJA—Ahí viene tía... Callate.

ESCENA III

Dichas y DOÑA LUISA

MICAELA—¿Sigue tranquilo?
DOÑA LUISA—Así no más... ¿Ya se fué ese?... ¡Ca-

nalla! ¡Como si fueran pocos los disgustos que le ha dado!

MARUJA—¿Quién? ¿Juan Pedro?

DOÑA LUISA—¿Para qué ha venido, decime, para qué? Para atormentarnos á todos: para ilusionarte á vos contándote mentiras de la ciudad y llenarte de sueños la cabeza; para calumniarme á mí; para enfermar á su padre...

MARUJA—Pero tía...

DOÑA LUISA—Te prevengo que no serás la primera víctima de ese salteador. Andá y preguntá por los ranchos... Y últimamente, vos sos dueña de tus acciones; pero lo que no voy á permitir es que se meta en mi casa con pretensiones de mando. ¡Eso no! Para vagos y haraganes demasiado tenemos aquí con Domingo y con esta. (Micaela dormita en este instante) ¿No te dije? ¡Micaela!

MICAELA—(Sobresaltada) ¡Señora!

DOÑA LUISA—A encender el fuego. Vamos, movete.

MICAELA—¿Y qué hora es?

DOÑA LUISA—¡La que no te interesa! (Váse Micaela primera derecha.)

ESCENA IV

MARUJA, DOÑA LUISA

DOÑA LUISA—(Ya tranquila) Si Dios quiere, pronto volveremos á la tranquilidad pasada. (Se sienta.)

MARUJA—¿Por qué no se acuesta, tía?

DOÑA LUISA—Ahora; dentro de un instante.

ESCENA V

Dichas y ANTONIO

ANTONIO—(Por foro derecha) Buenos días.

MARUJA—Buenos.

ANTONIO—¿Y? ¿Cómo sigue tata?

MARUJA—Bien: ahora duerme; pero ha pasado la noche muy intranquilo.

ANTONIO—¿Y vos no tenés sueño?

MARUJA—No.

ANTONIO—Yo hubiera deseado quedarme; pero no sirvo para estas cosas. Verdad que ayer le pegamos duro en la parva. Todo el día agachao... no es zonzera. (A Doña Luisa) ¿Usted tampoco se ha acostado?

DOÑA LUISA—Por momentos; pero ya no puedo más.

ANTONIO—También dos noches seguidas...

DOÑA LUISA—¿Se levantó Domingo?

ANTONIO—Creo que no. Ya sabe: siempre es el último. Yo no sé cómo lo aguanta el catre.

DOÑA LUISA—Dejalo que se aproveche...

MARUJA—(Indulgente) Apenas son las cuatro.

DOÑA LUISA—¿Y de ahí? Desde las ocho que se acuesta... Y sobre todo: ¿se le ha dicho ó no su obligación?

MARUJA—Es que...

DOÑA LUISA—Es que hace tres días que esta casa no es casa.

ANTONIO—Yo estoy cansao de retarlo... Como no me sé enojar, no me teme tampoco. Y despues, es tan bandido el pampita... y pone unos ojos... y tiene tanta malicia... A mí me hace reir á la fuerza.

DOÑA LUISA—(Se pone de pie) A vos te hace reir todo el mundo, y todo el mundo se ríe de vos...

ANTONIO—(Cándido) ¿Usted cree?

DOÑA LUISA—¡La pregunta! Sos muy bueno, pero muy tonto. Y esto no lo descubro ahora. (Medio mútis.)

ANTONIO—Bueno, pero...

DOÑA LUISA—(A Maruja) Si hago falta me despiertas. Váse segunda derecha.)

ESCENA VI

MARUJA y ANTONIO

ANTONIO—(Se acoda en el marco de la ventana y permanece pensativo y ceñudo unos instantes. De pronto, y como acometido por una idea repentina, se incorpora. Clava la vista en Maruja, é intenta hablarla. Pero no se atreve. Nueva pausa reflexiva, hasta que se decide al fin, aunque receloso) ¿Vos también te reis?

MARUJA—(Indiferente) Yo no, ¿por qué?

ANTONIO—Sí, vos también... vos más que ninguno. Ahora mismo te bailaba la risa en los ojos.

MARUJA—Natural,... tu salida. (Pausa.)

ANTONIO—(Con vacilación otra vez) ¿Cuándo te vas?

MARUJA—¿A dónde?

ANTONIO—Con él,... con Juan Pedro.

MARUJA—¿Yo?

ANTONIO—El mismo me contó: te lleva pa la ciudad porque te quiere y porque lo querés.

MARUJA—¿Eso te dijo? ¿Qué yo lo quiero?

ANTONIO—Y sino ¿por qué te ponés colorada?

MARUJA—¡Bah!, cosas tuyas.

ANTONIO—(Animándose poco á poco) Y tiene razón en llevarte. Aquí... ¿qué te vamos á dar aquí? Ahora ni siquiera hay amapolas entre el trigo... Y después... ella siempre huraña, retándote siempre por todo.

MARUJA—Yo estoy conforme entre ustedes.

ANTONIO—Porque sos buena. Sin embargo, yo te he visto algunas veces sentada ahí mismo mirando á lo lejos con tristeza, como quien recuerda algo muy lindo. Y te espiaba...

MARUJA—¿Vos?

ANTONIO—Desde atrás de algún árbol.

MARUJA—(Interesándose) ¿Y con qué fin?

ANTONIO—No podría decirte... Me gustaba verte de

esa laya... Te ponés más linda... ¡ansina como el campo cuando hay nublao!

MARUJA—Pero ¿qué te pasa hoy? Estás desconocido. Hasta charlatán te has vuelto.

ANTONIO—¿Te incomoda?

MARUJA—Me extraña.

ANTONIO—(Con timidez) Me extraña á mí mismo. Yo no sé, pero siento algo que no acostumbraba á sentir: ganas de gritar, de hablar, de dolerme, de echarme en algún rincón donde no pase nadie... Figurate que de repente al volver del campo, me encontrara sin el cerco, sin los árboles que rodean la casa, seca la laguna, mudos los pájaros que caen al atardecer, que el cuzco se quedase en su casilla sin salir á recibirme como de costumbre con salto de alegría; que el tostao me desconociera, que... el cielo no fuera azul... ¡ni cielo!

MARUJA—Pero...

ANTONIO—Vos ¿qué harías?

MARUJA—¡Quién sabe!

ANTONIO—A mi se me rejuntan las lágrimas de pensarlo no más.

MARUJA—Bueno... ¿y por qué has pensado todo eso?

ANTONIO—Te vas á reir si te lo digo.

MARUJA—No, no me río.

ANTONIO—Sí, te vas á burlar, ¿ves? Ya te salen los hoyitos...

MARUJA—¡Mi palabra!

ANTONIO—Bueno: mirá para allá.

MARUJA—¿Para dónde?

ANTONIO—Para el cerco. (Izquierda.)

MARUJA—Y... ¿por qué para el cerco precisamente?

ANTONIO—¡Velay! Si no, me callo...

MARUJA—Te haré el gusto, entonces. Ya está. (Mirándolo) ¿Por qué ha sido?

ANTONIO—Date vuelta, date vuelta...

MARUJA—Pero... ¡sos porfiado! (Le da la espalda por fin) ¿Estoy bien ahora?

ANTONIO—Ahora sí.

MARUJA—A ver, entonces.

ANTONIO—Es que...

MARUJA—¡Oh!...

ANTONIO—Bueno... He pensao en esas cosas porque te llevan.

MARUJA—¡Ja, ja, ja!

ANTONIO—¿No te dije que te ibas á reir? (Decidido) Y bueno, reite; pero ansina es no más. Vos sos para mí el cielo, los árboles, el canto de los pájaros, el agua clara de la lagunita, el cielo de la chacra, todo lo que veo desde chico, todo lo que me rodea. Sacame de aquí y me matás; andate vos y me muero. Por eso lloraba anoche.

MARUJA—(Sin salir de su asombro) ¿Vos?

ANTONIO—Te quería sin sospecharlo, porque tampoco sospeché que pudieras irte... y menos con él.

MARUJA—Pero... ¿quién te ha dicho?

ANTONIO—Juan Pedro. Yo no sabía nada, no oía nada, no veía nada; pero cuando me contó sus propósitos, empecé á sentir y á sufrir... Anoche, en la mesa, no hacías más que mirarlo.

MARUJA—Como á todos.

ANTONIO—No, como á todos no. A él más que á ninguno: con más dulzura: como besándolo. Ahora lo veo, ahora comprendo todo... ¡ahora tengo ganas de matar á ese hombre!

MARUJA—(Horrorizada) ¡A Juan Pedro!...

ANTONIO—(Asustado también de la interpretación de Maruja) No... á él no... al otro... al gringo... al dueño de todo esto... Porque... yo no debí callarme, no debí tolerar lo que tolero... Y sin embargo, me callé. No por miedo, no: ¡nunca he tenido miedo á los hombres! Pero es que la venganza me apartaba de tí para siempre, ¡para siempre! Y esto tampoco lo supe hasta hoy. (Amenazador) Si te vas...

MARUJA—¿Qué?

ANTONIO—Nada....

MARUJA—Es lo único que falta, que vos también...

ANTONIO—Tenías razón: era una bestia, una cosa...

MARUJA—Pero...

ANTONIO—Andate tranquila: me callaré otra vez, como antes, como siempre... Andate.

MARUJA—Es que...

ANTONIO—Andate...

MARUJA—¡Sos loco!

ESCENA VII

Dichos y DOMINGO

DOMINGO—(Por el foro izquierda, con una jarra grande de leche) Ahura con este. ¿No dije? ¡Igualito que la gorriona de la parva! (Aproximándose) ¡Güen día!

MARUJA—(Con sorpresa) ¡Ah!... Ya te iban á despertar.

DOMINGO—Al ñudo. Hace media hora que ando por ahí.

ANTONIO—Puede ser.

DOMINGO—Habrá ordeñado Vd. entonces. (Deja la jarra en la ventana) La que ronca todavía es la vieja. Desde la cocina se sienten los soplidos...

MARUJA—¡Será embustero! Si ha estado aquí hasta hace un rato.

DOMINGO—Entonces eran los gringos. (Maruja toma la jarra y hace mútis por primera derecha) ¡Igualito que la gorriona!

ESCENA VIII

ANTONIO y DOMINGO

ANTONIO—Ahora me parece más linda que nunca.

DOMINGO—Por allí anda su hermano.

ANTONIO—¿Por dónde?

DOMINGO—Junto al galpón: está enganchando el sulky viejo.

ANTONIO—¿Para?

DOMINGO—¡Quién sabe! Lo vi tan serio que no me atreví á preguntarle. Después le ofrecí unos mates y no quiso... ¿No dicen que se iba?

ANTONIO—¿Quién dice?

DOMINGO—El mismo: anteayer á la tarde, en la parva ¿no se acuerda?

ANTONIO—Sí, es verdad. (Queda pensativo.)

DOMINGO—¡Pchá, que está fiero el día! ¡tuitos andan retobaos!

ESCENA IX

Dichos y MICAELA

MICAELA—(Por segunda derecha) El café está listo.

ANTONIO—Bueno: ya voy.

MICAELA—Es que,... hace un rato que lo serví.

ANTONIO—Voy, entonces. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA X

MICAELA y DOMINGO

MICAELA—(Medio mutis) ¡Ah, ché! Me ha dicho la niña Maruja...

DOMINGO—¿Ya te ha soplao? ¡Mujer, para ser chismosa! Es cierto: yo dije que estabas durmiendo. ¿Y de ahí? Créiba y basta. ¿Me vas á pegar?

MICAELA—¡Descuidate!

DOMINGO—¡No me haga reir!

MICAELA—¡Veanló al atrevido! Como le cuente á Don Bautista.

DOMINGO—Contale. ¡Pa lo que me importa! El mejor día me huyo pa el Salao á matar turcos. De todos modos, pior que aquí en ninguna parte.

MICAELA—En eso tenés razón, ché. Dende que mandan los gringos, nosotros no servimos sino de estorbo.

DOMINGO—A mi me han entrao ganas de irme pa Güenos Aires con Juan Pedro. ¡Qué ha de ser lindo! ¿no?

En un libro que trajo la vez pasada Don Bautista, vide pintaos unos ranchos altos, más altos que el molino del vasco.

MICAELA—(Incrédula) ¡Salí!

DOMINGO—¡Me caiga muerto! Si hasta los alambraos están allí cerca de las nubes.

MICAELA—¿Y pa qué?

DOMINGO—¡Quién sabe! Pa los pájaros, digo yo... ¿Querés verlo?

MICAELA—¿Qué cosa?

DOMINGO—El libro ese. Lo guardo bajo el colchón. Tiene muchas figuras: algunas de color, y otras así no más, negras. En la tapa está el presidente con otros mandones.

MICAELA—Y... ¿cómo sabés que es el presidente?

DOMINGO—Porque tiene una bandera en el chaleco, y además, porque me lo dijo Gutiérrez que sabe leer de seguido en los diarios. Es el que manda más de tuitos, allí en Güenos Aires.

MICAELA—¿Como el comisario?

DOMINGO—¡Por ahí!...

MICAELA—Mostrámelo, entonces.

DOMINGO—Vamos. (Mutis. Mientras se alejan) Si quiere te hace matar, si quiere te hace rico, si quiere...

MICAELA—¿Quién?

DOMINGO—Ese, el presidente. (Mútis, foro izquierda.)

ESCENA XI

DON LEANDRO, MARUJA

DON LEANDRO—(Por segunda derecha. En mangas de camisa, con el cuello desprendido y la pechuga al aire. Los cabellos en desorden caen sobre la frente pálida y sudorosa. Al pasar por el corredor toma una silla y marcha con ella hacia la izquierda. Frente á la puerta del cuartucho-depósito, se sienta fatigado

como quien acaba de realizar un supremo esfuerzo. Luego respira con ansia) Aquí se vive.

MARUJA—(Corriendo hacia él) ¡Tío! ¡tío! ¿Para qué se ha levantado? ¿No oyó lo que dijo el médico?

DON LEANDRO—Sí, mi hijita, sí; pero no podía más: me ahogaba entre aquellas cuatro paredes. Anoche se me antojó que el techo descendía hasta aplastarme la frente.

MARUJA—La fiebre.

DON LEANDRO—¿Vos creés?

MARUJA—¡Claro!

DON LEANDRO—Vea, mi hijita, siéntese aquí, á mi lado: tenemos que charlar mucho y serio.

MARUJA—Estaba calentantoda la leche para traerle.

DON LEANDRO—Después. Ahora no tengo gana. Siéntese mi hijita, siéntese.

MARUJA—Un ratito ¿eh? (Se sienta en el suelo á los pies de Don Leandro que la contempla con profundo cariño) ¿Estoy bien así?

DON LEANDRO—Muy bien. Ahora se me ocurre que eres todavía la chicuela de pelito suelto que intercedía tan hábilmente por Juan Pedro. Entonces yo era fuerte y sabía hacerme respetar.

MARUJA—¡Tío!

DON LEANDRO—Tiene razón, mi hijita: no la he llamado para hablar de lo pasado. Pero sí; algo hay que recordar.

MARUJA—No; no quiero.

DON LEANDRO—Sí; un pajarito que venía todas las tardes á traerme secretos y besos de amor en su piquito. ¿Y cómo es? me preguntaste un día. Es blanco, todo blanco, te dije: como las palomas que se posan á los pies de la virgen en ese cuadro viejo que adorna mi dormitorio, ¿recuerdas?

MARUJA—¡Y yo tonta que me lo creía!

DON LEANDRO—¡Como que era verdad! Y para que veas, para que te convenzas ahora que eres grande y sabes ya de amores: anoche en un instante que me dejaron solo creyéndome dormido, volvió otra vez el

pajarillo, el mismo de entonces y tan blanco como antes, y me dijo...

MARUJA—(Alarmada) ¿Qué le dijo?

DON LEANDRO—(Con tristeza) Que mi hijita ya no me quiere, que mis penas le son indiferentes, que ha entregado su corazoncito: ese corazoncito que latía por mí y junto al mío; que se vá, que me abandona sin darse vuelta, como á una cosa inútil, que me deja solo con ella... que es cuando estoy más solo.

MARUJA—No, tío, no.

DON LEANDRO—(Sin ironía) Es claro: ella la hace trabajar todo el día, ella le priva los paseos y los trapos nuevos, ella la reta á cada instante, ella le exige que engañe á su tío: á este pobre viejo que quiere defenderla y no puede porque tampoco es capaz de defenderse el.

MARUJA—(Recuesta la cabeza en las rodillas de Don Leandro y llora en silencio) ¡Tío!

DON LEANDRO—Pero el viejo creía que su hijita había de quedarse ciempre con él, consolándolo, mimándolo, defendiéndolo de ellos dos; que siempre hallaría una sonrisa de perdón en sus labios frescos y una mirada de cariño en sus ojos inocentes.

MARUJA—(Con vehemencia) No, tío, no me voy: me quedo con usted, siempre con usted, á su lado... Pero yo lo quería tío, yo lo quería con toda el alma desde hace mucho tiempo, desde antes que se fuera, desde las tardes del pajarito aquel.

DON LEANDRO—Juan Pedro es bueno; pero no comprende... no sabe...

MARUJA—(Pasional) Sí, Juan Pedro es bueno. debe ser muy bueno porque sabe decir cosas muy lindas... Durante su ausencia no pensaba sino en él: lo seguía con la imaginación á todas partes; y cuando supe que lo perseguían como á un perro rabioso y que lo encarcelaban con otros muchos por cruzarse de brazos frente á una fábrica, y que los diarios hablaban de él, y las revistas publicaban su retrato, entonces,... entonces su recuerdo se hizo más vivo, más

fuerte, más hondo, y ya no era cariño solamente lo que sentí, sino respeto, curiosidad, admiración... Y pensaba en mis noches sin sueño: y sin embargo, yo puedo ser suya y sufrir con él: yo... tan pobrecita, tan ignorante, tan boba...

DON LEANDRO—Y tan buena también.

MARUJA—Y después: ¿vendrá? ¿cuándo? Y si viene ¿será por mí? Y si no viene ¿será por otra? Usted ya se habrá olvidado de querer así; pero comprende, ¿verdad qùe comprende? Porque yo también he llorado muchas veces por los rincones.

DON LEANDRO—Y Juan Pedro vino y estaba más buen mozo que nunca, tan buen mozo como los amantes de esas novelas que mi hijita devora á espaldas de la tía; y le dijo que sí, que la quería mucho...

MARUJA—¡Mucho!

DON LEANDRO—Como el águila al aguilucho y la trucha al trucho; que la llevaba para tenerla siempre á su lado, y que serían muy felices y... colorín colorado... ¿Es así la historia?

MARUJA—Y yo le contesté que sí, que me llevara porque en aquel momento solo miraba por sus ojos y no había en el mundo otro hombre como Juan Pedro, ¡mi Juan Pedro! (El viejo se aflije de nuevo; Maruja que lo nota lo abraza con vehemencia) Pero no: antes que todo está mi viejito con su pelo blanco cocomo el pájaro chismoso, con su cara llena de arrugas que ahora voy á llenar de besos. (Lo besa) Tome, tome.

DON LEANDRO—(Lloriqueando) ¡Mi hijita!

MARUJA—(Ponderativa) ¡Y conste que de estos no le he dado todavía á Juan Pedro! ¡Tome, tome! (Se abraza otra vez al viejo, confundiendo con las de éste sus fáciles lágrimas. Breve pausa.)

DON LEANDRO—Bueno mi hijita; vaya, vaya y dígale á ese matrero que se queda, que antes que todo está este viejito, como usted dice, que la venga á buscar después... cuando yo cierre los ojos... (Separán-

dola) Séquese las lágrimas y valor, un poquito de valor.

MARUJA—Sí; ahora mismo.

DON LEANDRO—Vaya entonces.

MARUJA—(Medio mutis) No hace falta: ahí está Juan Pedro. (En efecto: Juan Pedro aparece por el foro izquierda.)

ESCENA XII

Dichos y JUAN PEDRO

JUAN PEDRO—Vengo por tí, Maruja. ¿Qué tienes? ¿Qué te han hecho?

MARUJA—Nada. Es que... (Señala á Don Leandro) Si nos vamos ¿quién cuidará de él?

JUAN PEDRO—¡Tata!

DON LEANDRO—Has sido muy egoísta, Juan Pedro. Dejámela: convencete que la quieres cuando estés solo, cuando vuelvas á tu vida anterior, y vení por ella..

JUAN PEDRO—¡Si no estuviera convencido ya!... ¡Ay tata! ¡si no estuviera convencido ya!, acaso fuera menos tolerante; acaso quedase aquí menos vergüenza.

MARUJA—¡Por Dios, Juan Pedro!

JUAN PEDRO—Por lo demás, no todo era egoísmo: era deseo de salvar algo: lo más fácil y lo más difícil: el alma de una mujer; era que yo también necesito quien cuide de mí, evitándome mis dudas. Pero usted lo quiere, lo menos que puede querer aún, y me voy solo. Adios Maruja. (La besa, sin que Maruja haga ahora resistencia) Adios, tata. Hasta pronto: hasta que pueda volver por todos. (Lo besa también. Medio mútis.)

ESCENA XIII

Dichos, DON BAUTISTA

DON BAUTISTA—(Por foro) ¡Cómo! ¿Ya se va?

JUAN PEDRO—Sí, señor; y me alegro que haya venido porque yo no pensaba buscarlo para despedirme. Seguramente es una solución inesperada para usted.

DON BAUTISTA—Yo...

JUAN PEDRO—Mis esfuerzos por redimirlos han sido inútiles... No; inútiles no: algo queda mío en esta casa que ya no es mía, que ya no es nuestra. He realizado un trabajo análogo al suyo, Don Bautista: poner un poco de vida en esas frente y un poco de temor en otras, como puso usted trigo en esta tierra virgen que nos rodea: en esta misma tierra que tendrá por fin que abandonar á los que vengan detrás suyo. Ahora todo es cuestión de tiempo. (Sin alterarse) Mientras tanto, puede usted seguir explotando, expoliando, robando..

DON BAUTISTA—¿Cómo dice?

JUAN PEDRO—Robando, si, ro-ban-do...

DON BAUTISTA—Es que yo trabaqué ¿sabe?

JUAN PEDRO—Y yo también ¿comprende?, tanto como usted, más que usted; y sin embargo no puedo dar de comer á todos los míos y llevarlos allí como quisiera...

DON LEANDRO—Dejalo, Juan Pedro, dejalo...

DON BAUTISTA—No, no me asusta; no crea. Aquí también sabemos pelear; aquí también hay custicia...

JUAN PEDRO—Por eso estamos aquí igual que allí... Por lo demás, yo voy por ese camino.

DON BAUTISTA—(Avanzando) ¡Y yo!

MARUJA—(Se abraza á Juan Pedro) ¡No, Juan Pedro, no!

JUAN PEDRO—Dejame.

MARUJA—¡Antonio!... ¡Tío!

DON LEANDRO—(Durante este incidente ha dado muestras de gran agitación. En un supremo esfuerzo de voluntad saca el cuchillo; pero éste se le cae de la mano en cuanto intenta dar un paso) ¡No puedo! ¡no puedo! (Vuelve á sentarse desalentado.)

ESCENA XIV

Dichos, DOÑA LUISA, ANTONIO, DOMINGO

ANTONIO—(Por foro izquierda, seguido de Domingo, ambos con las horquillas de trabajo) ¿Quá pasa?

DON BAUTISTA—Aquí, su hermano que...

DOÑA LUISA—(Por segunda derecha. A Maruja) ¿Por qué has gritado? (Interroga en voz baja á Don Bautista que se ha colocado á la derecha bajo el corredor.)

JUAN PEDRO—No pasa nada. Es que me voy tan solo como vine.

ANTONIO—(Con inmensa alegría) ¡No la lleva!

JUAN PEDRO—(Abraza á Don Leandro) Adios otra vez, viejo. (Besa otra vez á Maruja) Adios, Maruja.

MARUJA—¡Vuelve pronto!

JUAN PEDRO—Adiós, Antonio. (Al ver á Domingo) ¡Ah, Domingo!

DOMINGO—(Tímido) ¡Patrón!

JUAN PEDRO—¿Quiéres venirte? Te llevo á la ciudad.

DOMINGO—(Asombrado) ¡A la ciudad!

JUAN PEDRO—Sí; aquí en la pampa, en tu tierra, donde eras rey, eres ahora esclavo; allí, siendo esclavo, puedes, si quieres, ser el dueño. Vamos.

DOMINGO—(Como encantado) ¡A la ciudad!

MARUJA—(En un arranque incontenible y al ver que Juan Pedro se va) ¡Llevame á mi también! ¡A sufrir contigo! (Corre hacia él y lo abraza.)

DON LEANDRO—¡Mi hija!

MARUJA—(A Juan Pedro) No dejes que vuelva los ojos... Llevame, llevame...

JUAN PEDRO—Vamos entonces.

DOMINGO—(Detrás de ellos como un autómata y repitiendo siempre) ¡A la ciudad grande!

DOÑA LUISA—(A Bautista, en voz baja) Gracias á Dios (Mútis, segunda derecha.)

ESCENA XV

DON LEANDRO y ANTONIO

ANTONIO—(Con absoluta tranquilidad, con esa tranquilidad de los homicidas reflexivos. Desde el foro y después de seguir con la mirada á Maruja que se aleja para siempre) ¡Y después de todo la casa sigue en pie, los árboles en el mismo sitio, el cielo indiferente!

DON LEANDRO—¿Y nosotros, mi hijo?

ANTONIO—(Avanzando hacia su padre) Nosotros un poco más hombres.

DON LEANDRO—Y más desgraciados! (Pausa breve.)

ANTONIO—(A fuerza de mirar al suelo descubre el cuchillo de Don Leandro, lo recoge receloso, lo empuña con energía y váse despacio y decidido hacia la derecha. Pequeño silencio. De pronto se oye adentro un grito de angustia y el golpe seco de un cuerpo que cae. Don Leandro se pone de pie, adivinándolo todo entre angustiado y alegre.)

DON LEANDRO—¡Antonio! ¡Antonio!

ANTONIO—Sale de espaldas al público, con las manos entre los cabellos desordenados) ¡Y más desgraciados!

Telón

OBRAS DE JOSÉ DE MATURANA

EN VENTA

La Risa del pueblo, comedia en dos actos. . . . . $ 0.50

La Gente del barrio, sainete en 1 acto. . . . . " 0.50

Las fuentes del camino, poesías, un tomo de 250 páginas. . . . . " 1.50

La Voz del siglo, poema. . . . . " 0.20

Pedidos de cualquier punto de la república, acompañando el importe. á la Imprenta "Athenas", calle Sarmiento 825.